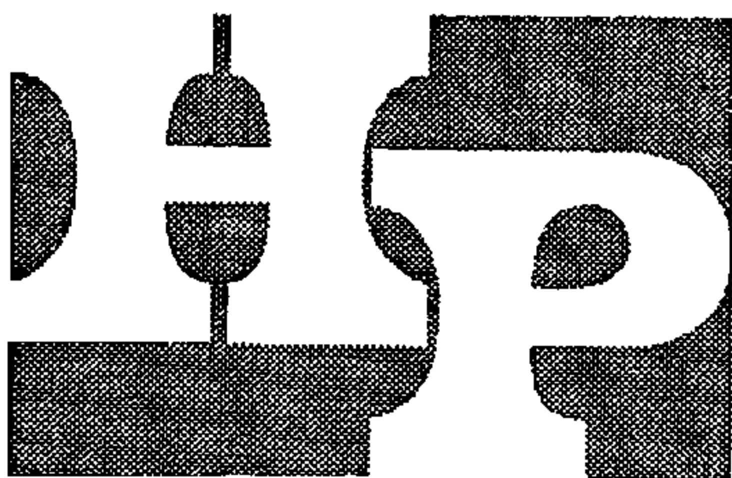


Keith Luger

EL REPTIL DEL DESIERTO





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

EL REPTIL DEL DESIERTO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 100
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 35742-1971

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: septiembre, 1971

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

En aquel paisaje desolado, Peach Clayton, sobre su corcel, era la viva estampa de la mujer bravía. Alzada la cabeza, bajo los rayos abrasadores del sol, resaltaba la fiera belleza de su rostro. Poseía unos ojos grandes, muy negros, provistos de sedosas pestañas, la nariz recta, de aletas palpitantes, la boca de labios rojos, gruesos, entreabiertos, por entre los que mostraba dientes tan blancos como el marfil, cortantes como los de un cachorro de loba, el busto prieto y alto, firmes los hombros y los brazos desnudos, morenos, del color de la miel. Enmarcando su cabeza, la negra mata de pelo completaba el salvaje aspecto de su figura.

Tan sólo unos momentos antes había echado atrás, sobre la espalda, el sombrero de paja prendido a su grácil cuello por el barboquejo y ahora tiró de las bridas de su cabalgadura al llegar a lo alto del montículo.

Observó la cañada que se extendía al fondo, y luego, a la derecha, la llanura de un color pardo rojizo sobre la que se alzaban los cactos de tres brazos. Éste era el camino que ella debía seguir, el de la llanura.

Sacó el pañuelo de un bolsillo de la falda y lo pasó por su cara enjugándose el sudor. Luego tocó su cantimplora produciendo un sonido metálico. No; no tenía agua bastante para lanzarse a aquella aventura. Miró hacia la cañada. Sólo vio arenas y piedras, pero quizá, si seguía aquel camino, podría encontrar algún charco y hasta es posible que un manantial.

Palmeó el cuello de su animal y empezó a descender la ladera.

La cañada trazaba numerosas curvas. Peach observaba a un lado y otro, pero por todas parles sólo había tierra reseca, más sedienta que ella misma.

De pronto sonó un estampido y Peach detuvo de nuevo su montura mientras alzaba la cara.

Siguió otro disparo.

Peach localizó el lugar de donde procedían.

Hizo subir a su caballo por entre unas rocas y al llegar arriba saltó de la silla y alcanzó el rifle sacándolo de la funda. Luego recogió su falda con la otra mano y serpeó por entre las rocas.

Detúvose al ver la escena que se ofrecía ante sus ojos. Allá abajo, en una hondonada, a unas diez yardas, había un hombre tendido en el suelo con piernas y brazos abiertos en cruz. Agachado sobre él, había otro hombre que estaba despojando de la cartera al yacente.

Peach vio perpleja que el tipo que permanecía inmóvil estaba muerto. Tenía un agujero en el centro del pecho por el que brotaba un chorro de sangre.

Luego dedicó toda su atención al individuo que estaba en pie. Debía frisar los veintisiete o los veintiocho años de edad y era muy alto y su vestimenta estaba cubierta de sudor y de polvo. Mostraba la pistolera muy baja, pero ahora sus manos estaban muy lejos de la culata del revólver porque contaba los billetes que había sacado de uno de los compartimientos de la cartera perteneciente al muerto.

—¡Levante las manos, asesino! —ordenó Peach dejándose ver por entre las piedras.

Vio cómo d desconocido se estremecía, pero en seguida la diestra varonil descendió hacia el «Colt».

—¡Toque el arma y lo abraso! —advirtió Peach.

El tipo interrumpió el movimiento de su brazo y empezó a moverse lentamente.

Peach vio el rostro de ojos azules, muy brillantes, nariz recta, la barba muy crecida y el mentón hendido.

—Me has dado un buen susto, muchacha —dijo forzando una sonrisa.

—Eso fue solo d comienzo —repitió Peach.

—¿Sí?

—Lo voy a matar.

—¿Por qué, pequeña?

Peach entrecerró los ojos.

—He conocido tipos cínicos, pero ninguno le gana a usted.

—Comprendo tu punto de vista.

—Es una verdadera suerte —repuso ella irónica.

—Tú has oído un par de disparos, me has encontrado con este hombre muerto a los pies y, naturalmente, crees que yo lo he asesinado.

—Conozco el cuento. Usted va a decir ahora que no fue el autor de los disparos, que también viajaba por aquí, que oyó los estampidos y, al acercarse por este lugar, vio al hombre tendido boca arriba. Y, naturalmente, el final de la historia es que el verdadero asesino huyó.

—No, no es nada de eso.

—Ya, es otra fábula.

El joven miró el cadáver y luego alzó otra vez los ojos fijándolos en el rostro femenino.

—Yo lo maté.

—Celebro que lo confiese —dijo Peach y alzó el rifle.

—No dispares, pequeña.

—No va a haber nadie que me lo impida.

—Te estarás quieta, pequeña. Muy quieta. Detrás de ti, un poco a la derecha, hay una serpiente de cascabel.

La joven sonrió haciendo una mueca.

—Pensé que sería un poco más ingenioso.

—Te aseguro que es cierto —dijo el hombre mirando hacia un punto situado detrás de la muchacha.

—No he oído el cascabeleo.

—Es una hembra que está a punto de tener descendencia y, por ello, cuando ataca, no produce su sonido característico.

—Cuentos. Rece una oración si es que aprendió alguna.

El hombre dio unos pasos hacia delante mientras decía:

—Ya está levantando la cabeza para atacarte, muchacha.

—Sólo es un condenado farsante y asesino —dijo Peach, pero allá en su fondo empezó a vacilar.

—Cuidado, nena. No hagas un solo movimiento. Ya está lista para lanzarse hacia ti. He de matarla y no puedo fallar el disparo.

La muchacha tragó saliva. Fue a ladear la cabeza para mirar por el rabillo del ojo.

—¡No hagas eso! —le dijo el joven.

Ella arqueó el dedo sobre el gatillo del rifle.

—¡Maldito sea…! ¡Todo es una historia!

El hombre siguió acercándose, siempre con los ojos fijos en aquel lugar en el que, supuestamente, el reptil iba a iniciar su ataque.

Pero de pronto saltó sobre Peach y ésta lanzó un grito y apretó el gatillo, pero él había aferrado el cañón pasándolo por debajo de su axila y la bala chocó contra una roca y rebotó hacia el cielo con un sonido siniestro.

Peach y el hombre perdieron el equilibrio y se vinieron al suelo.

L a muchacha tiró del rifle para recuperar su dominio, pero la mano del desconocido seguía sujetando fuertemente el cañón.

Había quedado él encima de ella y los ojos de Peach eran como dos brasas.

—¡Maldito embustero…! ¡Coyote asqueroso…! ¡Salteador de caminos…! ¡Asesino!

El la miró muy fruncido el ceño.

—Dame el rifle.

—Y ahora me vas a matar a mí, ¿verdad, bandido…? Me lo tengo merecido por no haberte levantado la tapa de los sesos a las primeras de cambio.

—Serénate, nena. Te pones muy fea cuando te enfadas.

Ella soltó un rugido y le lanzó la zarpa a la cara.

El hombre tuvo que mover la cabeza muy rápidamente para evitar que las uñas femeninas le rasgasen la piel. Rápidamente la sujetó por el brazo apretándolo contra el suelo.

—Cuidado, pequeña, o tendré que pegarte unos cuantos azotes.

Los senos de la muchacha subieron y bajaron al compás de su respiración agitada.

—¡Quíteseme de encima, facineroso!

—Ya voy.

—Dese prisa. Me está contaminando.

—Muy bien, nena —dijo él y se puso de rodillas en el suelo. De pronto dio un tirón apoderándose del rifle y terminó de ponerse en pie.

La joven gritó agitando la mano en el aire.

—¡Me ha partido un dedo…! ¡El muy canalla me ha partido un dedo! —Se chupó el índice mirando con ojos cargados de odio al hombre.

El la observó tranquilamente.

—¿Cuál es tu nombre?

—¿A ti qué te importa?

Ella siguió con su dedo en la boca haciendo una mueca de dolor y él dijo acercándosele otra vez:

—Déjame ver esa mano.

—¡Y un cuerno! —exclamó ella sacando el dedo lleno desaliva.

El hombre sonrió.

—Celebro que no sea nada.

Aquellas palabras hicieron temblar de ira a la muchacha.

—He visto tipos asquerosos en mi vida, pero…

—Sí, pero yo soy el peor de todos —la interrumpió él—. Te he preguntado por tu nombre.

—¡No lo vas a saber!

El joven se rascó junto a una oreja y echó una mirada por el paisaje desolado que los rodeaba. Por último, fijó otra vez los ojos en ella.

—No es corriente encontrarse por aquí a una muchacha.

—¿Está prohibido?

El la midió silenciosamente de pies a cabeza agregando:

—Especialmente, a una muchacha como tú.

—¿Qué es lo que estás pensando, maldito seas…?

—Nada, sólo que eres una chica muy completa.

—Lávate el cerebro, puerco.

—Me gustas por tu vocabulario tan elegido.

Ella apretó los menudos dientes rabiosa.

—Perdón, conde.

—Así me gustas más.

Peach meneó la cabeza echando la mata negra hacia atrás.

—Anda, continúa saqueando a tu víctima.

—Ya terminé. Ahora tú me interesas más.

La joven se puso en pie frotándose las manos sobre los muslos.

—¡Dame ese rifle!

El miró el arma que tenía en las manos y después observó otra vez la bella cara femenina.

—Es un buen rifle.

—¡Lárgamelo, te digo!

—¿Quieres que volvamos a empezar?

—No te preocupes. Me marcharé. Ya se encargará de ti la

justicia.

—Eres una chica valiente. Te tengo ahora en mis manos y tú insistes en que me van a ajustar las cuentas.

—Yo también conozco a los hombres. Si no me mataste al principio, no vas a matarme ahora.

—Muy lista; pero dime, chica, ¿dónde vas por aquí?

—No es cuenta tuya.

—Sólo quiero hacerte un favor.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Qué clase de favor?

—Es posible que llevemos el mismo camino.

Los ojos de la hermosa muchacha reverberaron.

—No iría contigo a por agua ni, aunque me estuviera muriendo de sed.

Hubo un silencio y él sacudió la cabeza.

—Está bien, muchacha. Pensé que podría ayudarte, pero ya veo que no tienes arreglo.

—Siempre he elegido mis amistades.

El hombre hizo un movimiento rápido con la mano y el cargador del rifle empezó a escupir las balas que llevaba dentro.

—¿Qué es lo que haces? —preguntó ella.

El joven se agachó y recogió todas las balas, sopesándolas en la mano.

—Tomo precauciones.

—Tú también eres muy inteligente.

Peach desvió los ojos hacia la derecha y vio allá, entre dos piedras, el charco de agua.

—Ahora lo comprendo todo —rezongó mirando otra vez al hombre a los ojos—. Elegiste un buen lugar para tender una emboscada a ese fulano.

—Quizá te equivoques.

Ella prosiguió como si no hubiese habido interrupción:

—El pobre hombre vino aquí a por agua. Tú, naturalmente, lo estabas siguiendo y debiste suponer que se llegaría por ese charco. Sólo tuviste que esperarlo para meterle una bala en el pecho.

—Deja ya de decir tonterías.

Hubo una pausa y luego Peach dijo:

—He de llenar mi cantimplora.

—Muy bien, hazlo, pero cuidado con volver con un revólver.

Peach sonrió despreciativamente, dio media vuelta y se dirigió al lugar donde había dejado su caballo. Sí; allí, en las alforjas, guardaba un «Colt». Ahora lo tomaría y lo escondería en la espalda. En la otra mano llevaría la cantimplora y, de pronto, sacaría a relucir el arma y apretaría el gatillo sin pestañear.

En eso oyó a sus espaldas una voz, la de él, que la sobresaltó.

—No pienses más en eso, muchacha, y coge la cantimplora.

Volvió la cabeza bruscamente y lo vio allí a cinco yardas y se dio cuenta de que él la había seguido porque no se fiaba. Observó la sonrisa sardónica que había en los labios varoniles y eso la llenó de indignación.

Cogió la cantimplora y echó a andar rápidamente, llena de furia, hacia el charco.

Agachóse en la orilla y limpió la cantimplora y luego la llenó de agua fresca y cristalina.

Oyó pasos detrás y ladeó la cabeza ligeramente y lo vio allí de pie, observándola atentamente. Ahora sus manos estaban libres.

—Te he dejado el rifle en la funda y las balas en la alforja.

—Eres muy amable.

—En cuanto te hayas alejado diez yardas de aquí, cárgalo otra vez. No es conveniente andar por esos andurriales sin armas.

—Claro que no. En cualquier momento puede aparecer un salteador asesino.

—Si, es lo que suele ocurrir a veces.

—Oye, tú eres…

—Sí, ya lo sé, el tipo más cínico que has encontrado en tu vida, además de otras cosas.

Lo dijo con un tono que la hizo montar en cólera otra vez.

—Menos mal que te voy a perder de vista. Si tuviese que estar un minuto más contigo creo que me arriesgaría a pegarte un balazo aunque tú te adelantases.

El no dijo nada y ella pasó por su lado, pero de pronto el hombre alargó el brazo y la tomó por la muñeca.

El desconocido levantó su mano y en un movimiento rápido se la pasó por la nariz.

—¿Qué es lo que haces? ¡Suéltame! ¡Maldito seas…! —empezó a exclamar la joven, pero se interrumpió al ver que él le estaba

enseñando la tierra que le había quitado de la nariz.

Luego el hombre la dejó libre y ella, tras unos instantes de titubeo, se volvió otra vez y caminó hacia su caballo.

Ahora no se entretuvo un segundo, colgó la cantimplora, se puso el sombrero en la cabeza y montó en la silla, de un sallo.

Él estaba a diez, yardas de distancia con un brazo en jarras, sin dejar de observarla.

—Buen viaje —oyó Peach que le decía.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados y exclamó:

—¡Así se te coman los cuervos!

Seguidamente espoleó su cabalgadura y ésta emprendió un galope hacia la salida de la cañada.

Minutos más tarde llegaba al comienzo de la llanura. Se detuvo unos momentos y volvió la cabeza por el camino que había traído. No; él no se veía por ningún lado. Entonces palmeó el cuello del animal diciendo:

—Vamos, «Tom». Has de tener mucho ánimo para llevarme donde yo quiero, ¿lo sabes…? Es necesario… Completamente necesario.

Y entonces el animal echó a andar emprendiendo la travesía del desierto.

CAPÍTULO II

Peach Clayton abrió los ojos bajo la impresión de que no se encontraba sola. Ya estaba amaneciendo. La noche anterior no había podido seguir adelante porque el frió le agarrotó los miembros y había hecho un alto en aquella hondonada, cubriéndose con las dos mantas.

No sabía a qué obedecía aquella sensación, pero de pronto oyó un ruido a sus espaldas y su mano se apoderó del revólver que estaba junto a su cabeza. Pero entonces una bota le pisó la mano y lanzó un grito alzando los ojos.

Por encima de ella vio las caras patibularias de dos hombres a quienes conocía, Andry Joung y Jan Quine, dos tipejos sucios, barbudos, de alma negra. Era el rubio Jan quien le había atrapado la mano con su pie.

—Levanta el remo, Jan —le dijo.

Jan, de ojos almendrados y nariz torcida, sonrió.

—¿Y qué vas a hacer, si te dejo, Peach?

—Nada.

—No te creemos. Tus ojos dicen la verdad. Volverías el revólver contra nosotros y dispararías hasta agotar la última bala.

La joven no contestó, pero hizo otro esfuerzo por sacar la mano con el revólver debajo de la bota. Jan se lo impidió aumentando la presión del pie y la muchacha sintió dolor en sus dedos.

—Me haces daño, Jan —dijo entre dientes.

—Deja ese revólver.

—Muy bien. Lo dejaré. —Saca la mano poco a poco.

Peach retiró su diestra conforme Jan, el rubio, disminuyó la fuerza que ponía en su pie.

Ella quedó sentada frotándose la mano.

—Eres un animal, Jan.

El rubio soltó una risita y se agachó cogiendo el revólver. Luego lo sopesó en la mano, diciendo:

—Nos has hecho correr mucho, nena.

—Iros al infierno.

—Henry Boyd no podía imaginar que te atrevieses a cruzar el desierto. Nos distribuyó por todas partes y yo fui y le dije a Andry: «Me da en la nariz que esa chica cruzará el desierto» —volvió la cara hacia su acompañante—. ¿No es verdad, Andry?

—Si, es verdad.

Andry era de regular estatura, cara ancha y ojos inexpresivos. Su labio inferior colgaba casi siempre mojado de saliva. Todos cuantos le conocían sabían que era un tipo semi-idiotizado. Apenas pronunciaba unas palabras, y aún éstas, tenían que dárselas prestadas los que quisieran hablar con él.

Ahora Andry no dejaba de mirar fijamente el cuerpo de Peach Clayton.

Peach observó a Jan con ojos cargados de furia.

—Tú siempre has sido un buen rastreador de mujeres.

—Gracias, nena.

—Pero quitároslo de la cabeza. No voy a ir con vosotros.

El rubio chascó la lengua.

—Vamos, pequeña, no le lo tomes así. Henry Boyd te quiere bien.

—Sé lo que quiere ese canalla y no lo va a tener.

—Infiernos, pequeña… Cualquier mujer de Nuevo México se sentiría feliz con ser la esposa de Henry Boyd.

—Yo no deseo ser la esposa de Henry Boyd.

—Debes pensarlo un poco mejor. Henry Boyd es un tipo poderoso.

—No me interesa.

—Es el dueño de más de quinientos acres de terreno. Posee un rebaño de cinco mil quinientas cabezas. Manda sobre treinta hombres.

—No me gustaría Henry Boyd aunque fuese el dueño del mundo.

Jan se echó a reír.

—Bueno, admito que Henry Boyd no resulta muy guapo, pero es el dinero lo que importa.

—Me tiene sin cuidado la fealdad de Henry Boyd y su dinero. Cuando me quiera casar con un hombre lo elegiré Por él mismo.

—¿Doy yo la medida, nena?

—¿Tú, Jan…? —La joven forzó una carcajada—. Estás muy chistoso esta mañana —dejó de reír de pronto—. Tú eres peor que tu amo… Eres sólo un miserable verdugo.

—Puedes insultarme lo que quieras si con eso te desahogas.

La joven se puso en pie y observó a Andry que seguía con los ojos fijos en ella.

—¿Qué es lo que miras tú?

—Te miro —contestó el idiota—. Me gustas.

Peach hizo una mueca de desagrado dirigiéndose al rubio.

—¿No has podido buscar otro compañero?

—Andry está loco por ti, y yo sé por qué… Su postre favorito es el melocotón[1].

—No tiene ninguna gracia —dijo ella.

Jan se estremeció tiendo convulsivamente.

—Yo siempre me rió cuando lo recuerdo.

Andry movió la cabeza diciendo:

—Me gusta el melocotón.

—¿Lo oyes, pequeña? —dijo Jan.

—Sí, lo oigo, no hace más que repetir lo que dicen los demás.

La muchacha se pasó la mano por el cabello.

—Está bien, Jan, celebro haberos encontrado. Ahora voy a emprender mi viaje.

—¿Hacia dónde?

—Voy al Oeste.

El rubio meneó la cabeza en sentido negativo.

—No es ésa la dirección, nena. Henry Boyd está en el Este.

—¡No iré con Henry Boyd!

—Oye, dulzura, te voy a explicar las cosas a ver si las comprendes. Henry Boyd está deseando ser tu marido, con él vas a estar como una reina y si él no te gusta tendrás a treinta hombres para elegir.

—¡Bastardo! —gritó ella y le lanzó el puño contra la cara.

Pero Jan se dio mucha prisa y saltó a un lado.

La joven dio con el puño en el vacío y perdió el equilibrio y se derrumbó en el suelo lastimándose en una cadera al golpear contra

una piedra. Quedó enseñando un trozo de pierna y se bajó rápidamente la falda cubriendo su desnudez.

—Sois una pandilla de puercos… Eso es lo que sois, una miserable pandilla de cerdos.

—Todavía no he terminado de explicarte la situación —dijo Jan.

—¡No me interesa!

—A nosotros sí. —Jan se pasó la lengua por los resecos labios—. Henry Boyd ha prometido quinientos dólares a los dos hombres que te llevasen a su lado.

La joven se puso otra vez en pie pasándose un dedo por debajo de la nariz. De pronto lanzó los ojos depositándolos otra vez en la cara del rubio.

—Oye, Jan, tengo dinero…

—Lo imagino.

—Son doscientos dólares… Os los daré para vosotros… Está bien, ¿verdad…? Cien para cada uno. Para ti y para Andry. No os pasará nada, sólo tenéis que decir lo que los demás chicos… No me visteis por ninguna parte… Vosotros no podéis permitir que Henry Boyd me retenga a la fuerza… Tengo aquí los doscientos dólares —la joven se volvió de espaldas y empezó a subirse la falda.

En esa posición oyó la voz de Jan.

—No te molestes, nena.

Peach giró la cabeza.

—¿Qué dices…? Quiero que veáis el dinero, no es engaño…

—Nosotros preferimos los quinientos.

Peach apretó los dientes.

—Aceptad los míos y me haréis un favor.

—No.

—¡Malditos seáis…! ¿Es que jamás en vuestra vida vais a tener un gesto de generosidad?

Jan rió divertido.

—Oye, preciosidad, yo soy un tipo muy generoso y por eso quiero que vengas conmigo, para estar cerca de ti cuando te canses de Henry Boyd.

—¡Hombres! —Peach hizo un gesto de repugnancia—. Todos iguales siempre pensando en lo mismo. ¡Me dais asco! —Apretó los puños hasta que sus nudillos se tornaron blancos—. ¿Lo oyes…? ¡Me dais asco!

Hubo una pausa y luego Jan Quine dijo:

—Bueno, muchacha. Nos tenemos que ir.

La joven miró a Andry.

—¿Tú también quieres llevarme, Andry?

—Yo quiero llevarte —repuso el idiota.

—¿Es que no te das cuenta, Andry…? ¡Yo no quiero ir…! —La joven señaló hacia el Oeste—. ¡Quiero seguir cruzando el desierto…! ¡No quiero ir con Henry Boyd…! Ayúdame, Andry… Ayúdame.

Andry miró a Jan y éste dijo:

—Ella te está engañando, Andry. No creas que te quiere. Sólo intenta convencerte, para que le eches una mano. Luego te dejará por cualquier otro hombre… Tú solo eres un trasto para ella.

Andry arrugó el entrecejo y volvió los ojos hacia la cara de la joven.

—Vienes con nosotros —sentenció—. Hemos de volver con Henry Boyd.

La muchacha dejó colgar sus brazos inertes a lo largo de los costados. Estaba vencida.

Jan se puso a recoger las mantas mientras decía:

—Dentro de poco saldrá el sol. Hemos de darnos prisa.

En aquel instante se oyó una voz que llegó desde el borde de la hondonada, a espaldas del grupo integrado por los dos hombres y la mujer.

—Buenos días, amigos.

Jan, Andry y Peach volvieron la cabeza. La muchacha vio asombrada que el hombre que acababa de saludarles era el mismo tipo que ella había conocido el día anterior, el joven que había matado al viajero en el manantial.

Ella sintió renacer la esperanza súbitamente, pero en seguida la perdió porque el desconocido no tenía ningún revólver en la mano. Sus pulgares descansaban sobre el cinturón.

Jan y Andry habían empezado a mover la diestra hacia el «Colt», pero se interrumpieron al ver que se trataba de un hombre solo y que éste no esgrimía ningún arma.

—Buenos días —dijo Jan, observando atentamente al individuo.

Éste movió la cabeza mirando a los ojos de la joven.

—Ya encontraste compañía, ¿eh?

—Sí, ya la encontré.

—Me alegro de que haya ocurrido. No estaba bien que fueses sola por ahí. Ahora ya no correrás ningún peligro mientras cruces el desierto.

Ella dijo:

—Se equivoca. Ya he dejado de cruzar el desierto. Ellos me llevan a la fuerza a la civilización.

—¿A la fuerza? —repitió el joven.

—Eso he dicho.

El hombre de los ojos azules miró alternativamente a Jan y a Andry. Luego chascó la lengua.

—Eso no está nada bien, amigos.

Jan Quine se puso a sonreír.

—Oiga, le voy a dar un consejo. No se meta nunca en donde no lo llaman. Empiece a andar y aléjese de nosotros todo lo aprisa que pueda.

—Es un buen consejo. Ella y yo nos alejaremos de ustedes todo lo rápidamente que podamos.

—¿Ella y usted…? —dijo Jan.

—Sí.

—Usted está mal de la azotea. La chica va a venir con nosotros.

—En tal caso, ya que nuestras opiniones son contrarias, dejaremos que ella elija. Di, pequeña, ¿con quién te largas?

Peach titubeó unos instantes recordando lo que había hecho aquel hombre el día anterior. Había matado y robado a un viajero. Era un tipo peligroso, pero ¿no la dejó libre cuando pudo hacerle daño?

—Me voy contigo —elijo.

El joven miró otra vez a Andry y a Jan.

—Ya lo han oído, muchachos. Ella acaba de elegir.

Jan rió otra vez.

—Oiga, usted no tiene precio como payaso… Llega aquí y monta un número sin que nadie se lo pida… Empieza a soltar ocurrencias y confieso que todas ellas han sido muy celebradas por su público… Ahora suponga que ha recibido una gran ovación. Sólo tiene que dar media vuelta y largarse a otra parte a repetir su espectáculo.

—Vamos, pequeña —dijo el hombre.

Jan endureció sus músculos faciales.

—Ella no va a ir con usted.

—Ven acá —repitió el hombre, dirigiéndose a Peach.

Jean dijo:

—Usted se va a quedar aquí forastero. En el desierto. Y dentro de un rato los buitres me lo van a agradecer mucho.

—No me gusta esa profecía.

—Retírese ames de que mi compañero y yo lo llenemos de plomo.

—No saquen los revólveres.

—¿Listo, Andry…? ¡Ahora!

Peach lanzó un grito al ver cómo Jan y Andry desenfundaban. Cerró los ojos oyendo dos detonaciones. Luego alguien escupió una maldición y entonces se dio cuenta de que aquella voz era la de Jan.

Abrió los párpados y quedóse perpleja al ver lo que había ocurrido.

Jan había dejado caer el revólver en el suelo y se sujetaba el brazo indudablemente había recibido una bala.

Andry se contemplaba asombrado la mano y ahora giró la cabeza para ver su revólver a unas tres yardas de distancia con el tambor destrozado.

El desconocido estaba allá enfrente, con el «Colt» en la diestra, y un hilillo de humo subía del cañón hacía, el infinito.

CAPÍTULO III

—¡Maldito sea! —gritó Jan Quine—. Me ha roto el brazo.

—He debido romperle la cabeza —dijo el desconocido—, pero han tenido suerte en pillarme de buen humor… —El joven miró a Peach—. Tú, nena, vete por detrás de ellos y quítales los revólveres que les quedan.

Peach permaneció quieta, abstraída, pero de pronto se dio cuenta que el le había dado una orden y se movió muy aprisa.

Primero alcanzó su propio revólver del cinturón de Jan y luego lo despojó del otro que tenía junto al muslo izquierdo. Arrojó el arma por detrás, lejos de sí, y se acercó a Andry al cual quito el revólver que le quedaba, lanzándolo por encima de su hombro.

Jan Quine la miró haciendo una mueca.

—Haces mal, Peach… Sabes perfectamente que, tarde o temprano, Henry Boyd dará contigo. Aún tienes tiempo para rectificar.

—Ocúpale de tu brazo. Jan —repuso ella.

El hombre que había resultado vencedor de aquel duelo, dijo:

—Bien, chicos. Estáis aquí de sobra. Montad en los caballos y corred todo lo que podáis hacia el Este.

Jan soltó un salivazo en el polvo.

—Vamos, Andry. Esto se acabó.

Subieron por la hondonada y acercáronse donde tenían los caballos. Andry montó con rapidez, pero el rubio tuvo que hacer un esfuerzo. La manga de su camisa se estaba empapando de sangre. Finalmente, cuando ambos estuvieron en la silla, espolearon sus cabalgaduras y partieron al trote hacia el Este.

Los dos jóvenes los vieron alejarse en silencio hasta que se convirtieron en dos puntos muy pequeños.

Entonces él hizo girar el revólver en el dedo índice y lo enfundó mirando la cara de la muchacha.

—Así que tu nombre es Peach… —sonrió.

—Es el que me puso el hombre que me recogió. Al parecer, cuando yo tenía siete meses era lo más parecido a un melocotón.

—¿Qué les pasó a tus padres?

—No los llegué a conocer. Me abandonaron junto a una galera y el dueño de ella resultó ser Sam Clayton. Él y su mujer tenían ya un hijo de seis años. Se dirigían a Albuquerque y allá fuimos todos.

—¿Qué pasó después?

—Sam Clayton era herrero y estableció en Albuquerque su negocio. Allá crecí, pero luego se murió la señora Clayton y cuando yo tenía doce años le tocó al herrero. Entonces tuve que ganarme la vida y me puse a lavar los suelos y todo lo demás en los *saloons*.

—Has dicho que Clayton tenía un hijo. ¿No te echó una mano él?

—Mike se ocupó de sí mismo.

—¿Quién es ese Henry Boyd de que hablaban los tipos?

—Un ranchero de Albuquerque. Empezó a fijarse en mí y hace cosa de un año me dijo que necesitaba a alguien en la casa que se la dirigiese. Yo tenía que estar al frente de todos los criados. Estaba cansada de lavar suelos y de aguantar las bromas de los clientes, de modo que acepté… Pero pronto me di cuenta de que Henry Boyd iba por lo suyo.

—Y tú eras lo suyo.

—Sí —la joven se apartó una guedeja del cabello que le caía por la frente echándolo hacia atrás—. Henry Boyd creyó que yo era una cualquiera, pero me di mucha prisa en demostrarle que estaba equivocado. Hace una semana me dijo que me iba a hacer su esposa. Pero no creas que se puso en plan romántico para soltarme su declaración. El no conoce las delicadezas. Lo dijo como si se dirigiese a una criada… Yo le dije que no podía aceptar su oferta porque no estaba enamorada de él… No te puedes imaginar cómo se puso. Me encerró en mi habitación con llave y me dijo que no saldría de ella hasta que le hubiese dado la conformidad. Esa misma noche logré escapar por la ventana con el dinero que yo había ahorrado con mi trabajo, doscientos dólares.

—¿Y adónde vas por aquí?

—A reunirme con Mike Clayton.

—¿Dónde está?

—A unas cien millas de este lugar, Mike es el maestro de postas en una estación que hay a la otra parte del desierto. Se llama Arroyo Chico y es una estación de relevo de mucha importancia. Por allí cruzan las diligencias que van Tucson, a Yucca y hasta a San Francisco.

—Comprendo.

—Bueno, chico —dijo Peach—. Te estoy agradecida por lo que has hecho, y ahora, adiós.

La joven echó a andar, cogió las mantas que Jan había dejado caer en el suelo y caminó hacia su caballo. Mientras colocaba las mantas en la grupa oyó a su salvador.

—Eres genial, muchacha.

Ella volvió la cabeza.

—¿Por qué dices eso?

—¿Es que no has escarmentado todavía? Esos fulanos te están buscando. ¿No temes encontrártelos otra vez? —No pienso darles ocasión.

—Tú misma has dicho que has de recorrer cien millas a través de este desierto y ahora ellos saben cuál es tu dirección. Tendrás que dormir.

—No dormiré.

—Eso lo dices ahora, pero, al cabo de una jornada de cabalgada, te sentirás sin fuerza. Se te cerrarán los ojos, aunque tú no quieras.

—Procuraré tenerlos abiertos todo el tiempo que pueda y siempre tendré el revólver en la mano.

El hombre movió la cabeza en sentido negativo.

—No. Peach. No te servirá de nada. Te aprehenderán de la misma forma que lo han hecho ahora.

—Bueno, correré el riesgo —aceptó ella de mala gana—. ¿Por qué has de correrlo si puede haber solución?

Ella ladeó la cabeza entrecerrando los ojos.

—¿Qué solución? —preguntó, aunque se estaba imaginando la respuesta.

—Llevo la misma dirección que tú y he de pasar por la estación de postas de Mike Clayton, Podernos ir juntos hasta allá.

Hubo un silencio mientras ambos se miraban. Por último, ella

dijo:

—¿Qué te propones?

—Nada. Sólo que nos ayudemos mutuamente. Mientras el uno duerme el otro vigilará. De esa forma, nunca podremos ser sorprendidos.

—De modo que tú también eres un fugitivo…

—No te interesa mi historia.

—No hace falta que me cuentes nada —repuso ella bruscamente y luego agregó—: Basta ver tu facha para suponer lo que eres, y por si faltase algo, está lo que hiciste con aquel hombre.

—Bueno, lo pasado, pasado. Ahora se trata de nuestro futuro. Si marcharnos juntos, es seguro que llegaremos a nuestro destino.

Peach sopesó un rato la propuesta.

—Está bien —dijo—. Acepto.

El hombre sonrió.

—Trato hecho, muchacha.

—Pero te voy a advertir una cosa.

—¿El qué?

—Nada de confianzas… No olvides en ningún momento que yo he huido de un hombre sin importarme su dinero ni su poder.

El sacudió otra vez la cabeza sin dejar de sonreír.

—No te preocupes, Peach. Sabré resistir a tus encantos.

A la muchacha no le gustó el tono zumbón de voz.

—Todavía no sé tu nombre. ¿O es necesario que invente yo uno?

—Cliff Stevens.

—Cliff —repitió ella—. No está mal.

—Celebro que te guste. Y ahora será mejor que emprendamos la marcha cuanto antes. Nos queda mucho camino que recorrer.

Montaron en los caballos y seguidamente se pusieron a cabalgar por la llanura desierta.

El sol, como inmenso disco de sangre, se levantó a lo lejos.

El tiempo se fue desgranando lentamente.

A mediodía hicieron alto en una hondonada.

Cliff dijo:

—Busca ramas secas.

Peach se las trajo y él hizo una fogata y sacó de las alforjas una sartén y unos trozos de tocino.

Peach se había sentado en el suelo y extrajo un trozo de asado

de su saco, pero lo vio estropeado y lo arrojó lejos de sí.

Al mirar a Cliff lo vio sonriente.

—¿Qué te pasa a ti? —dijo.

—¿No tienes algo más para comer?

—No. Compré en una choza india un poco de carne de búfalo. Pensé que me duraría hasta la estación de postas, pero ayer tuve que tirar unos cuantos trozos que se habían podrido.

—Está bien. Acércate.

—Te voy a acortar la ración.

—Tienes mucho amor propio, muchacha, y eso es malo para cuando uno se encuentra en el desierto. Tengo más tocino. No te preocupes. Puedes comer todo lo que quieras, aunque no te interesa hartarte mucho.

—¿Por qué?

—Engorda —él la recorrió con la mirada desde la punta de los pies hasta la cabeza—. Y sería una lástima porque estás muy bien de figura.

Cliff apartó la sartén del fuego y luego sacó unos duros mendrugos de pan de la alforja. Alargó uno a Peach.

Comieron en silencio. Luego Cliff echó mano a un frasco y a una lata. En el frasco tenía café que volcó sobre la lata y puso ésta en el fuego. Al cabo de unos instantes ofreció el recipiente a la joven.

—Bebe un trago. Te gustará.

—Sólo me gusta con azúcar.

—Ya lo tiene.

Ella bebió un par de tragos de café y le pasó la lata a Cliff, quien acabó con la ración.

El joven se puso a liar un cigarrillo. Se llevaba el papel a la boca para ponerle la saliva cuando de pronto Peach lanzó un grito y se echó encima de él desparramándole el tabaco por la camisa.

CAPÍTULO IV

—¿Qué te pasa? —preguntó Cliff.

Peach señaló hacia arriba de la hondonada, y Cliff vio que allá en lo alto había aparecido una cabeza provista de enormes ojos. Era un lagarto gigante que debería medir más de un metro. El reptil se había quedado quieto, como petrificado, quizá por la sorpresa de encontrarse con otros seres por aquellos andurriales.

Cliff rió.

—Es inofensivo.

El lagarto movió la cabeza y luego se arrastró desapareciendo de la vista de los jóvenes.

—Vámonos. Creo que hemos descansado bastante.

Reemprendieron la marcha bajo un sol despiadado. De vez en cuando, Cliff volvía la cabeza a sus espaldas observando el horizonte.

—¿Por quién te preocupas? —preguntó Peach—. ¿Por mi o por ti?

—Digamos que por los dos.

—Imagínate que se presentasen los representantes de la Ley que te buscan, Cliff.

—No ocurrirá nada de eso.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Ya te dije que no quería hablar de mi cuestión personal.

Ella lo miró de través unos instantes y finalmente guardó silencio.

Se fue haciendo de noche, y Peach empezó a sentirse un poco preocupada.

¿Cómo se iba a comportar Cliff con ella ahora?

Cliff señaló un profundo hoyo a cuyo borde crecía un alto cactos

de tres brazos.

—Dormiremos aquí. Ata las bridas de tu caballo a una de esas grandes piedras.

Cliff cogió su gran cantimplora y echó agua en una pequeña jofaina.

Peach observó al joven mientras daba de beber a los caballos. El volvió la cabeza y la vio inmóvil.

—¿Por qué no te preocupas de preparar la cena?

—Oye, menos órdenes —repuso ella, alzando la barbilla.

—No se trata de ninguna orden.

—En ese caso, lo haré.

—Eres una gran chica.

Cuando terminaron de cenar y de beber el café, él encendió un cigarrillo y se tendió en la arena mirando al ciclo lleno de estrellas.

—¿Quién va a dormir primero? —preguntó Peach.

—Hazlo tú. A mí me gusta permanecer un rato despierto a estas horas.

—¿Qué aliciente le encuentras?

—Me gusta y eso ya es bastante.

Peach rezongó algo por lo bajo y se apartó de él.

Cliff la oyó trajinar con las mantas y finalmente volvió la cara para contemplarla y la vió tendida en el suelo dándole la espalda.

—¿Quién es el hombre, Peach?

—¿Cómo? —dijo ella sin volverse.

—El tipo que te quita el sueño, el que ha hecho que tú rechazases a ese Henry Boyd.

Ella se volvió y quedósele mirando fijamente a los ojos.

—No hay ningún tipo.

—¿Esperas que me lo crea?

—Me importa un rábano que lo creas o no. No lo hay.

Cliff observó los grandes ojos de la muchacha.

—Está bien, no lo hay.

Hubo una pausa y él continuó fumando. Peach se preguntó si él estaría casado y de pronto se asombró de que se le ocurriese semejante cosa. Dio media vuelta rápidamente y le volvió a dar la espalda.

Poco a poco se quedó dormida. De pronto se despertó al oír un ruido y se enderezó.

—¿Qué pasa? —dijo.

Vio a Cliff al borde del hoyo junto a los caballos, mirándola. Detrás de él estaba el cielo iluminado, a punto de salir el sol.

—¿Por qué no me llamaste, Cliff?

—Estabas muy cansada.

—Eso no fue el acuerdo. ¿Es que no has dormido?

—Yo puedo recuperar energías sin cerrar los ojos. Anda, marchémonos ya.

Peach prefirió no decir nada, aunque sentía una sorda irritación porque él no la hubiese despertado para relevarlo.

Mientras ataba las mantas a la grupa del caballo, rezongó:

—¿Qué esperas conseguir con tus galanterías?

Cliff se pasó el dorso de la mano por la crecida barba y contestó sin mirarla, porque tenía clavados los ojos en el horizonte.

—Creo que vamos a tener una tempestad de arena.

Peach miró en la dirección que él le indicaba y no observó nada anormal.

—¿Como lo sabes, Cliff?

—Es aquella nube negra que llega por el Sur. Aún tardará tres horas en pillarnos y es conveniente que corramos.

—¿Por qué no nos quedamos en este hoyo?

Cliff sonrió.

—¿Quieres que tengamos nuestra tumba?

Peach sintió un escalofrío.

—No, creo que no.

—Pues entonces vamos y no hagas más preguntas.

Montaron otra vez en los caballos y continuaron galopando hacia el Oeste. Ahora no sólo Cliff volvió la cabeza. Peach observaba aquella nube y la veía hacerse más grande a cada momento.

Cliff señaló en la dirección que llevaban.

—Allí al fondo hay una mesa. Hemos de alcanzarla antes de que comience la tormenta.

—El aire quema ahora, Cliff.

—Luego llegará la ola de frío y con ella la arena que te parecerá como si ardiese… Corre, Peach.

Los corceles, como si se diesen cuenta del esfuerzo que de ellos se exigía, aumentaron el ritmo de su carrera.

Peach sintió ahora el viento frío.
Cliff le gritó:
—¡No vuelvas la cabeza, muchacha!
Una milla más allá, a espaldas de los jinetes, se oyó un ruido ensordecedor que luego, poco a poco, fue transformándose en un terrible silbido.
La mesa ya estaba muy cerca.
Fueron alcanzados por la primera oleada de arena y Peach soltó un grito al sentir sobre su piel la arena incandescente.
Cliff iba unas yardas delante y al llegar a la mesa se arrimó a una hendidura.
—¡Ven acá, Peach!
La joven, al detener la montura, resbaló de la silla cayendo en el suelo.
El aire la hizo rodar hacia un hoyo.
Cliff corrió hacia ella y la ayudó a levantarse pasándole el brazo por la cintura. La arena les azotaba la cara, obligándoles a cerrar los ojos.
El caballo de Peach huyó despavorido, pero no así el de Cliff, que se encontraba a resguardo.
La joven se desasió de un tirón de Cliff y fue a correr en pos de su cabalgadura.
—¡«Tom»! —gritó—. ¡«Tom», ven acá!
—¿Es que le has vuelto loca?
—Déjame. Se ha ido «Tom». He de ir a por él.
—¡No puedes!
Peach se sintió invadida por la ira.
—¡Déjame, maldito seas…! ¡Quiero ir a por mí caballo! ¡Es mío…! ¡Quiero ir!
Apenas podían oír sus propios gritos. La arena chocaba contra ellos y trastabillaban tratando de no perder el equilibrio.
Cliff apretó los dientes con rabia y de pronto golpeó a la joven con el puño mientras la sujetaba con la otra mano.
Sonó un chasquido y la cabeza de la joven se fue hacia atrás al perder el conocimiento.
Cuando volvió en si todavía soplaba el viento, aunque ahora lo hacía con menos fuerza.
Estaba en tierra junto a la grieta de la mesa. Cliff permanecía

frente a ella sentado en una piedra mirándola fijamente.

Peach se irguió hasta quedar sentada en el suelo y tocóse el maxilar inferior. Entonces recordó todo lo ocurrido. Oyó los cascos de un caballo y volvió la cabeza viendo que allá sólo estaba el alazán de Cliff.

—¿Qué habrá sido de él? —dijo.

—Estará sepultado bajo una montaña de arena.

Peach sintió una gran opresión en el pecho.

—Te he preparado un poco de café —dijo él.

—No quiero tomar nada.

—No pienses demasiado en el caballo. Ya no tiene arreglo.

—Lo podría haber salvado si me hubieses dejado ir al principio.

—No, Peach. Si te hubiese dejado ir, tú estarías ahora como «Tom».

Cliff guardó la lata del café en su montura.

—Está bien, chica. Vamos. Te pondrás a la grupa. Primero montó Cliff y luego le dio la mano a ella para ayudarla a subir. Peach quedó demasiado separada de él. —Acércate más— dijo Cliff. —O irás al suelo a cada momento—. Pasa las manos por mi cintura y cógete por delante, ella lo obedeció acercándose unas pulgadas.

Seguidamente prosiguieron el viaje.

Aquella noche, cuando hicieron alto, Peach no consintió en dormir antes que él. Cliff tuvo que dar la conformidad, más que nada porque se encontraba cansado. Pero no necesito que ella lo despertase. Se puso en pie de madrugada y dijo a ella que podía dormir. La muchacha así lo hizo y al amanecer otra vez se pusieron a avanzar hacia el Oeste. Aquel día, cuando se estaba ocultando el sol, divisaron a lo lejos la estación de postas.

—Bien —dijo Cliff—. Ya estás en casa.

Un perro se puso a ladrarles desde lejos.

Peach miró por encima del hombro de Cliff y vio la casa y el recinto donde estaban los caballos.

Cliff volvió la cara y la miró a los ojos.

—¿Satisfecha?

—Si —dijo Peach.

Pero le estaba mintiendo. No sabía a qué atribuirlo, pero, ahora que había llegado a su destino, ocurría algo extraño en su interior.

Un hombre apareció por la esquina de la casa con un rifle en la

mano. Se detuvo mirando a los viajeros que se acercaban y levantó el arma apuntándoles.

CAPÍTULO V

Cliff Stevens observó al hombre del rifle y preguntó por lo bajo a Peach.

—¿Es Mike Clayton?

—Sí, es él, aunque ha engordado bastante desde que lo vi por última vez hace tres años.

—¡Alto! —gritó Mike Clayton.

Cliff no detuvo su cabalgadura mientras contestaba:

—Somos gente de paz.

El perro se apartó del lado de la casa saludando a los viajeros con furiosos ladridos.

—Calla, «Dik» —dijo Clayton, sin bajar el rifle.

El perro agachó las orejas y retrocedió hacia la casa.

Cliff se dio cuenta de que Clayton todavía no había reconocido a la muchacha. Ahora detuvo su alazán e inmediatamente Peach saltó al suelo.

Cliff observó a Mike. Estaba por los treinta años de edad y era robusto, de cabeza poderosa, cara ancha, frente espaciosa, ojos oblicuos y nariz achatada. Su barba estaba crecida. Se cubría con camisa a cuadros y pantalón de perneras muy anchas. Ambas prendas estaban muy sucias.

Miró a la joven que se había quedado quieta después de bajar de la silla. La muchacha sonrió mientras se apretaba las manos.

—¿No te acuerdas de mí, Mike?

—Sí, tú eres Peach.

Hubo un silencio. Cliff seguía montado en la silla, inmóvil, observando a la joven y a Mike Clayton.

Peach sonrió.

—¿Cómo estás, Mike?

—Bien.

Hubo otra pausa y luego Mike miró al jinete.

—¿Es tu marido?

—No —contestó Peach rápidamente.

Mike entrecerró los ojos observando de nuevo a la joven.

—Ya. Te has fugado con él.

Fue Cliff quien contestó ahora.

—No es nada de eso, señor Clayton —esperó a que él lo mirase para proseguir—: Peach y yo nos hemos conocido en el desierto. Mi nombre es Cliff Stevens.

Mike no dijo nada, y Cliff esperó que la joven continuase, pero vio que ella tampoco despegaba los labios y entonces él dijo:

—Peach ha venido para vivir con usted.

Mike se enjuagó la boca y soltó un salivazo en el polvo. Luego observó a la muchacha.

—¿Por qué, Peach?

—Estaba cansada de Albuquerque.

Mike observó la llanura sin fin.

—Y decidiste cambiar Albuquerque por esto.

—Sí, Mike —dijo ella.

—Fue un error.

Cliff intervino de nuevo porque consideró que, tal como estaban las cosas, ella no iba a decir la verdad acerca de su situación.

—Oiga, Mike, ella huyó de Albuquerque porque la perseguía un hombre.

—¿Quién?

—Un tal Henry Boyd.

Mike bajó el rifle mientras en su cara se dibujaba una mueca. Otra vez estaba observando a la joven.

—¿Henry Boyd?

—Si.

—¿El ranchero?

—Si, el ranchero.

—No lo comprendo. Palabra que no lo comprendo. Boyd iba detrás de ti y tú no le hiciste caso.

Peach se limitó a hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

Mike abrió la boca mostrando unos dientes manchados de nicotina. Se quedó así un rato, por último, dijo:

—Henry Boyd es el más poderoso ranchero de Albuquerque y a ti te pareció poco.

—Es un tipo desagradable, Mike. Me repugna.

—¿Es que no pensaste en nosotros, Peach? ¿No sabías llevamos cinco años en este sucio corral? Seguro que tú querías que se casase contigo. ¿Es que no te diste cuenta de cuál es tu altura y la de él?

—Quiso casarse conmigo, Mike.

—¿Eh? —Los labios de Mike se alargaron—. ¿Boyd te quería convertir en su mujer y tú lo rechazaste?

—Es lo que hice.

—¿Te has vuelto loca, muchacha…? ¡Henry Boyd…! ¡Henry Boyd quería ser tu marido y tú lo rechazaste…!

Peach sacudió la cabeza.

—¿No comprendes, Mike? Henry Boyd es un ser despreciable. ¿Es que no sabes lo que hizo en Albuquerque…? Robó las tierras de los indios, ordenó matar a muchos de ellos que se atrevieron a protestar… Atacó y expulsó a los agricultores que pretendieron establecerse en el valle, en tierras que a él no le pertenecían… Dejó morir a mujeres y a niños cuando hace cuatro años sufrimos aquella terrible sequía… Ése es Henry Boyd, Mike.

El maestro de postas se pasó una mano por la cara.

—Debes estar chiflada… Juro que debes estar chiflada… Y renunciaste a todo aquello por venir aquí… —hizo una pausa y gritó—: ¡A este corral de vacas!

Peach se cubrió la cara con las manos y sus hombros se estremecieron mientras emitía un largo sollozo.

Cliff sintió deseos de saltar de la silla y golpear con el puño la cara de aquel tipo.

De la parte delantera de la casa llegó un lloro infantil. Luego una voz brusca, femenina, dijo:

—¿Dónde estás, Mike? ¿Por qué no te ocupas del pequeño Francis…? ¿Es que no me oyes, Mike?

Se oyeron unos pasos y por la esquina de la casa apareció una mujer que se detuvo observando a las personas que se encontraban en aquel lugar.

Podía tener veintiséis años de edad y era de cara alargada, piel muy morena y ojos grandes, negros. Su cuerpo era muy esbelto y se cubría con una blusa mexicana de escote redondo y una falda de

amplio vuelo que en otro tiempo había sido de color verdoso.

—¿Quiénes son? —preguntó, mirando alternativamente a la mujer y al hombre que acababan de llegar.

Mike contestó:

—Ella es Peach, mi hermana, y él un tal Cliff Stevens. Es la primera vez que lo veo.

La mujer movió la cabeza.

—Bueno, ¿es que no me vas a presentar?

—Claro que si. —Mike la señaló con el dedo sin mirarla—. Hedda, mi mujer.

Peach dijo:

—¿Cómo estás, Hedda?

La esposa de Mike sonrió irónicamente.

—¿Cómo quieres que esté en esta pocilga…? Todas las noches pido al cielo que mande una tormenta de arena sobre este lugar capaz de arrastrarlo todo.

Mike hizo una mueca.

—No deberías decir eso, mujer.

—No, no lo debería decir, pero lo digo. —Hedda dio un suspiro —. En fin, no hablemos de cosas malas. ¿Hacia dónde vais?

Mike respondió:

—Peach quiere quedarse.

La mujer frunció el entrecejo.

—¿Dónde quiere quedarse?

—Aquí, naturalmente.

Hedda observo a Peach haciendo un gesto de sorpresa, pronto entrelazó los dedos de las manos y soltó una carcajada.

—Eso es lo más bueno que he oído en mucho tiempo… Una mujer viene de la civilización buscando asilo en la estación de diligencias de Arroyo Chico… Anden, dense prisa, señoras y caballeros, abandonen sus hogares en las grandes ciudades… Están perdiendo el tiempo con sus bailes y sus paseos por la calle Mayor. No pierdan la gran oportunidad de divertirse en Arroyo Chico. Hay sitio para todos.

Mike la miró con un gesto de pesar.

—Después de todo, tenemos un lecho y comida que llevarnos a la boca.

Hedda dejó de reír súbitamente.

—Claro que sí, tenemos una cama y la pitanza que necesitamos para sobrevivir. ¿Y qué más, Mike Clayton? ¿Qué tenemos además de eso…?

—Bueno, no es menester que te pongas así… Cualquier día…

—Si, ya lo sé, cualquier día llegará una carroza ante nuestra casa y por la puerta saldrá un caballero con los dedos llenos de brillantes, un bastón en la mano y un sombrero de copa y dirá: Familia Clayton, todos ustedes son modelos de ciudadanos. El tiempo que pasaron aquí sólo fue una prueba, pero ya han demostrado que son de acero, que son personas de temple, ahora van a venir conmigo a la ciudad y van a tener todo lo que han echado de menos…

Rompió a reír otra vez, pero de pronto se interrumpió observando a Cliff.

—¿Y usted? ¿No se queda también? —Hizo un gesto con la mano—. Ande, quédese en este hotel de primera categoría.

—Estoy dispuesto a aceptar su ofrecimiento.

—¡No puede quedarse! —exclamó Mike.

—No me ha dejado terminar, Clayton —repuso Cliff—. Necesito descansar, pero mañana me marcharé.

—No hay comida para tantas bocas ni sobra ninguna cama.

—Le pienso pagar.

Mike iba a agregar algo, pero ahora se interrumpió. Miró a Hedda y ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Está bien, Stevens.

—Gracias. —Cliff desmontó.

Mike preguntó a Hedda:

—¿Qué hacemos con Peach?

Hedda miró a la joven y se encogió de hombros.

—¿Y yo qué sé?

Peach dijo:

—Puedo lavar y sé hacer la comida y no me importara limpiar las cuadras… También sé coser.

Hubo un silencio y habló Hedda:

—Sólo falta que digas que tienes muy poco apetito.

—Regular —repuso Peach y se mordió el labio inferior.

—Es cuenta tuya, Mike —terminó Hedda.

Cliff continuaba en el mismo lugar con las bridas de su caballo

en la mano. Mike Clayton carraspeó mientras se masajeaba el mentón.

—Has hecho mal en venir aquí, Peach, pero me imagino que ya nada se puede solucionar. Si has llegado a este lugar es porque no tienes otro sitio donde ir.

—Gracias, Mike.

Clayton sacudió la cabeza.

—Ve con Hedda. Ella fe enseñará lo que tienes que hacer.

Peach echó a andar, pero se detuvo cerca de Hedda, porque ésta no se había movido. La mujer de Mike miraba a Cliff y tuvo que ser éste quien disgregase e grupo dirigiéndole al recinto donde permanecían los caballos.

Estaba dejando la silla en el suelo cuando vio que Mike quedaba apoyado en la valla.

—¿Hacia dónde va, Stevens?

—A Yucca.

—¿Quizá a buscar trabajo?

—Sí.

—Creo que no eligió bien el sitio.

—¿Qué pasa en Yucca?

—Los ganaderos se están arruinando. El año pasado inauguraron el ferrocarril a Tucson y éste ha sido un golpe para los de Yucca. Ellos no pueden vender al precio de los de Tucson y, si siguen los negocios así, tendrán que comerse sus reses o malvenderlas.

—He oído decir que iban a construir un ramal hasta Yucca.

—Bobadas. Llevo cinco años aquí, Stevens, y desde el primer día estoy oyendo que se va a construir ese ramal. —Mike se enjuagó la boca y soltó un salivazo—. Pero seguirnos con el servicio de diligencias.

—Es posible que ahora empiecen a cambiar las cosas. En Washington están prestando mucha atención al Oeste.

—Eso es pura política. Nunca me han gustado los políticos. ¿Y a usted?

Cliff había dejado su caballo suelto y ahora el alazán se movió hacia el pesebre donde había un poco de forraje.

—No tengo formada opinión —contestó el joven a la pregunta que le había hecho Mike—. Oiga, ¿quiere ocuparse de que mi caballo coma una buena ración? Trajo doble carga sobre sus lomos

y se lo ha ganado. Naturalmente, también se lo pagaré.

—Si —dijo Mike—. Le ofreceré un buen banquete.

Cliff se echó el sombrero sobre la nuca y observóse las palmas de las manos.

—Me gustaría lavarme —dijo—. O quizá un baño sería mejor…

—En la otra parte encontrará un pozo y detrás de él una construcción de madera. Allí tengo instalado un baño.

—Gracias —dijo Cliff, saliendo del recinto.

—Pero no gaste demasiado jabón. Aquí escasea.

Cliff emitió un gruñido de asentimiento.

Al dar la vuelta a la casa vio a un niño de tres años sentado en el suelo. Su cara estaba llena de barro y de suciedad y con sus dedos aprisionaba una lagartija.

Cliff se detuvo ante él, sonriente.

—¿Como te llamas?

El niño, muy rubio, lo miró.

—Mike —dijo.

Otra criatura apareció también por la puerta andando. Era una niña de unos cuatro años, pelirroja, de nariz manchada de pecas. Llevaba una muñeca entre los brazos a la que le faltaba una pierna.

Cliff la miró y la niña empezó a sonrojarse y de pronto dio media vuelta y escapó hacia el interior de la casa.

—Ése es mi ganado —oyó decir por detrás a Mike—. Hay otro cachorro en la cuna. Sólo tiene dos meses… Y habría dos más, pero se me murieron en este lugar del infierno.

Cliff siguió andando hacia el pozo.

CAPÍTULO VI

Cliff Stevens había terminado de cenar y ahora bebía un pozo negro de café sentado a una mesa en un rincón de la espaciosa cabaña.

Los niños dormían ya y los Clayton, Peach incluida, habían cenado en una mesa que había en el centro.

De pronto se oyó a lo lejos el ruido de un carruaje.

Mike Clayton sacó un reloj del bolsillo superior de la camisa y después de observar la esfera chascó la lengua.

—Es la diligencia de Mohave. Llega casi a su hora.

Se puso en pie dando un suspiro y salió de la casa.

Peach se acercó a la mesa de Cliff para recoger los platos.

Cliff dijo:

—No parece que les hayas caído muy bien.

Peach lo miró sin replicar y se fue a la cocina. Hedda fue tras ella.

El carruaje se detuvo fuera entre las maldiciones del conductor. Se oyó la voz de Mike Clayton.

—¿Cómo ha ido eso, Lex?

—Por todos los infiernos, creí que no llegaba. Mi maldita úlcera se puso a darme guerra en el camino. ¿Te queda una botella de *whisky*?

—No es lo mejor para la úlcera.

—¡Al diablo con eso! Baño mi estómago, no mi úlcera.

Se oyeron algunas risotadas y poco después la puerta se abrió dando paso a los viajeros. El primero en entrar fue un hombre obeso de unos cincuenta años de edad. Vestía un traje marrón a cuadros, se cubría la cabeza con un sombrero de ala corta y llevaba en su mano un maletín. Detrás de él entraba un tipo delgado, huesudo, de pómulos hundidos y cara macilenta. Sus ropas dejaban

bastante que desear en contraste con el gordito. Luego entró una rubia que exhibía un vestido muy ceñido, era de estatura regular y mostraba la cara pintarrajeada, era fácil deducir que se trataba de una *girl* de *saloon*. Tras de la rubia, se introdujo en la casa un hombre alto que se cubría con un sombrero «Stetson», traje príncipe Alberto y chaleco floreado. Se detuvo mordisqueando un cigarro que indudablemente acababa de sacar del bolsillo. Escupió el trozo de tabaco hacia un lado. Sus rasgos faciales eran correctos. Miró hacia la mesa de enfrente donde: se habían sentado ya sus compañeros y desvió los ojos hacia la derecha, en cuyo lugar estaba Cliff. Caminó hacia él con paso seguro y dijo:

—¿Puedo sentarme?

—Sí, claro que sí. Yo ya terminé.

Cliff hizo ademán de levantarse, pero el hombre dijo:

—No, por favor, no se vaya. Me gusta cenar en compañía.

Cliff observó la mesa donde estaban los otros tres viajeros y sonrió al hombre que a él se dirigía.

—Hubiese jurado lo contrario —dijo.

Su interlocutor se sentó, diciendo:

—El tipo del maletín es insoportable. Nos ha estado dando la lata desde Mohave. No quiera saber lo que ha contado. Toda su infancia, su adolescencia, su juventud… Es lástima que no haya llegado a la hora de su defunción. Al menos habríamos dado un suspiró —se quitó el sombrero—. Oh, perdón, aún no me he presentado. Mi nombre es Arnold Greene.

—Cliff Stevens.

—Celebro conocerle, señor Stevens. Me dedico a la compra de caballos salvajes —hizo una pausa—. Naturalmente, en grandes manadas. Es algo realmente excitante.

Guardó silencio y sacó una caja de fósforos. Frotó uno con la uña y aplicó la llama al cigarro.

—¿Qué es lo que hace usted? —dijo, arrojando una bocanada de humo—. Oh, lo siento, usted va a creer que yo soy un tipo muy impertinente.

—Viajo, señor Greene.

—Es algo muy instructivo.

La rubia lanzó una carcajada por algo que debía haber contado el gordito, pero el hombre de la cara macilenta estaba muy serio.

—¿Quién es? —preguntó Cliff.

—Asegura llamarse Stephen Werker y ser un doctor que se dirige a un pueblo de Nuevo México de nombre tan complicado que se me olvidó.

—No me refería al del maletín, señor Greene, sino al otro.

—Ah, sí, el de aspecto fúnebre. No ha despegado los labios en todo el trayecto. Ni siquiera para decir su nombre. No comprendo cómo puede haber gente tan poco educada.

—¿Subió en Mohave?

—No, en Parker City. —Greene hizo una pausa—. Parece que siente un poco de interés por él.

—Al entrar creí que lo conocía, pero ahora me he fijado mejor y sé que lo confundí con otro tipo.

—Sí, a mí me ha ocurrido unas cuantas veces. ¿Va a viajar con nosotros, señor Stevens?

—No. Tengo mi caballo en el establo.

Cliff vio que Peach salía de la cocina y caminaba hacia la mesa donde se encontraban los tres viajeros.

La puerta se abrió de nuevo y en la estancia penetraron Mike Clayton y dos hombres, cuya vestimenta estaba llena de polvo. Uno de ellos era un viejo de unos sesenta años, de regular estatura, ojillos pequeños y mentón saliente. El otro era más alto, ancho de hombros y de brazos poderosos. El viejo se frotaba el estómago con la palma de la mano mientras decía:

—Dame ese *whisky*, Mike. No puedo resistirlo más.

—Venid a la cocina —invitó Clayton.

Los dos hombres fueron tras él.

Peach se acercó a la mesa donde se sentaban Cliff y Arnold Greene.

—Buenas noches —saludó—. Hay patatas hervidas y huevos fritos con tocino.

Greene miró fijamente el rostro de la muchacha.

—Suprima las patatas cocidas y traiga lo otro.

Peach hizo un gesto afirmativo y se marchó.

Greene la siguió con la mirada.

—Hermosa muchacha —miró a Cliff sonriendo—. Es una lástima que pierda el tiempo en este confín del mundo.

—Son cosas que ocurren. —Cliff se puso en pie—. Me cansé

mucho durante el viaje y me voy a dormir. Les deseo un feliz viaje.

—Gracias, amigo.

Cliff abrió una puerta que había a la derecha. Era la habitación que Mike le había destinado. Se quitó las botas, dejó los revólveres sobre la mesilla de noche y se tendió en la cama.

Empezaba a adormilarse cuando de pronto oyó un terrible aullido.

Saltó de la cama apoderándose de un revólver y corrió hacia la puerta, que abrió de un tirón.

Todos cuantos se encontraban en la sala, el médico, o comprador de caballos salvajes, el tipo de la cara macilenta y la *girl*, se habían vuelto hacia la cocina por donde apareció el conductor de la diligencia, el viejo Lex, sujetándose el estómago. Allá se detuvo y lanzó otro grito encorvándose.

Mike Clayton y Peach aparecieron detrás de él.

—¿Qué te pasa, Lex? —preguntó Clayton con voz temblorosa.

Lex abrió la boca como si tratase de tragar aire, soltó un gruñido y desplomóse en el suelo. Allí se encogió lanzando chillidos de dolor.

La *girl* fue la primera en hablar.

—Creo que es cuenta suya, doctor.

Stephen Werker hizo un gesto afirmativo y, alcanzando el maletín que había dejado junto a la pared, se dirigió rápidamente donde había quedado Lex. Agachóse sobre el anciano y trató de apartarle las manos del estómago.

—¡No me toque, doctor! ¡No me toque…! Las tripas me arden.

Werker alzó la mirada depositándola en el rostro de Mike Clayton.

—¿Ha bebido?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Casi media botella de *whisky*. Yo no quería dársela, pero él se empeñó.

Werker sacudió la cabeza volviendo a mirar a Lex.

—Tiene que vomitarlo, amigo —dijo.

—¿El *whisky*? —dijo el viejo, haciendo una mueca dolor.

—Sí, el *whisky*. Vamos, póngase en pie. Ayúdeme Clayton.

—¡No me toquen! —gritó Lex—. ¡No quiero devolverlo…! ¡Es mi

whisky! Pagué dos dólares por él.

Lo sujetaron por los brazos y lo izaron con facilidad, porque Lex no pesaba mucho.

Otra vez chilló encorvándose.

El doctor se dirigió a Peach.

—Por favor, muchacha, ábranos la puerta.

La joven caminó ligera y obedeció la orden. Seguidamente, salieron de la casa Werker y Clayton llevando al enfermo.

La *girl* se puso a reír.

—¿Saben una cosa? Me estaba diciendo por el camino que este viaje estaba resultando demasiado monótono. Bueno al fin ha ocurrido algo que podremos contar.

Greene, el negociante de caballos salvajes, sacó el reloj de su chaleco floreado y después de consultar la hora, comentó:

—Esto nos va a retrasar un poco.

Los ojos de Peach se cruzaron con los de Cliff, que continuaba de pie junto a la puerta por la que había salido con el revólver en la mano. Luego ella se marchó hacia la cocina.

El joven dio media vuelta y se metió en la habitación. Calzóse otra vez las botas, enfundó los revólveres y salió fuera justamente cuando se abría la puerta exterior y volvían a entrar en la estancia Lex, el doctor y el maestro de postas. Clayton dijo:

—Tiene que dejarnos su habitación, señor Stevens, Lex está cada vez peor.

—Ya la he desocupado.

Casi arrastraron al enfermo hacia el dormitorio. Lex hundía ahora la barbilla en el pecho y por sus labios brotaban burbujas de saliva.

Cliff se sentó otra vez en la mesa de Greene. Éste sonrió, diciendo:

—Le han estropeado el sueño.

—No tiene importancia.

—Para mí sí la tiene que no lleguemos a punto a San Mateo. ¡Eh, usted!

Se estaba dirigiendo al ayudante de Lex, que había aparecido por la puerta de la cocina mordisqueando una manzana.

—¿Es a mí? —dijo, señalándose con el dedo índice.

—Sí. ¿Cuál es su nombre?

—Fisher. Germán Fisher.

—Esperaremos un rato para ver si su compañero mejora, pero si no es así, tendremos que proseguir el viaje.

—Dejaremos pasar una hora —asintió Fisher.

—¿Una hora? ¡Eso es demasiado!

—Lo siento, compañero, pero no puedo abandonar a Lex. Yo soy su ayudante. Sólo puedo conducir la diligencia en un caso de emergencia.

—¡Esto es un caso de emergencia!

—Lo será si dentro de una hora, Lex no puede sujetar las bridas del tronco. —Fisher desparramó la mirada por la sala abarcando a todos los pasajeros—. No se preocupen, llegarán a su destino.

Greene fue a protestar otra vez, pero Fisher giró sobre sus talones y se volvió a meter en la cocina.

—¿Ha visto usted? —dijo Greene, mirando a Cliff—. Paga uno su boleto y le aseguran que llegará a un lugar determinado en un plazo de tiempo. Naturalmente, uno confía en que podrá hacer su negocio. ¿Y qué es lo que pasa…? Surge cualquier incidente y todo se va al traste. En San Mateo me esperan para concretar una compra de caballos y, si no llego a tiempo, perderé una buena manada.

La puerta del dormitorio donde se encontraba ahora Lex se abrió para dar paso a Werker. Greene fue a su encuentro.

—¿Podemos proseguir el viaje, doctor?

—Lex se puede morir o no se puede morir, y yo me imagino que en cualquiera de los casos, no nos quedaremos aquí eternamente.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Sólo le puedo decir que Lex está muy grave. Quizá el *whisky* sólo le ha quemado las tripas, pero puede haber ocurrido que le haya perforado el estómago. En el primer caso, podrá estar bien en un plazo más o menos corto, pero, si ha habido perforación, morirá irremisiblemente.

Greene miró a Cliff.

—¿No se lo decía yo…? Me quedo sin la manada.

La rubia soltó una risita.

—Yo lo encuentro todo muy emocionante. ¿Y usted?

Estaba preguntando al tipo de la cara pálida, el cual contestó con un gruñido intraducible.

Clayton salió del dormitorio, diciendo:

—Oiga, doctor, tengo unas hierbas que van bien para los dolores de estómago. El verano pasado sufrí un cólico de muerte y en cuanto bebí un par de vasos de mi medicina me puse bien. No crea que es un invento mío. Un apache le dio la receta a mi mujer.

—Está bien, Clayton. Puede darle ese brebaje, pero no le cargue demasiado el estómago o reventará.

—Sí, señor —dijo Clayton y se fue a preparar su pócima.

A lo lejos se oyó el ruido de una cabalgada.

Cliff sacó el tabaco y se puso a liar un cigarrillo.

La rubia dio unos pasos de baile, diciendo:

—Estoy de buen humor esta noche. ¿Quieren que les cante algo?

El doctor rió.

—¿Por qué no?

—Pero me falta el acompañante. ¿No tiene alguno de ustedes una guitarra?

El hombre que nunca hablaba, dijo:

—Creo que no es el momento.

La rubia lo señaló con el dedo riendo.

—Vaya, por fin sabernos que tiene lengua. ¿Tendría también una armónica?

—Deje de hacer chistes a costa mía o se la gana, nena.

A la *girl* no le gustó el tono de aquellas palabras.

—¿Qué le pasa a usted? —dijo, poniendo los brazos en jarras, con aire desafiante—. ¿Se tragó la espina del pescado?

El interpelado se levantó violentamente y la silla se vino al suelo.

—Le voy a echar los dientes abajo, rubia.

Cliff dijo desde un rincón:

—No la toque, amigo.

El desconocido volvió la mirada hacia el joven.

—No se meta usted en esto.

—No me gusta que peguen a las mujeres.

—Ella me ha insultado.

—Yo no he oído ninguna ofensa. Ella ya lo dijo antes. Está de buen humor, y quiso hacerle sonreír, aunque de nada han valido sus esfuerzos.

El desconocido titubeó unos instantes, pero por último otro gruñido y cogió la silla del suelo ocupándola de nuevo.

La *girl* se acercó a la mesa donde se encontraba Cliff y al detenerse cerca, dijo:

—Gracias, vaquero.

La puerta se abrió de golpe y entraron dos hombres en la estancia. Quedaron inmóviles en el umbral mirando a la gente que allí había reunida.

—¿Se celebra aquí alguna fiesta?

Clayton había aparecido en el hueco de la cocina con un vaso en el que había un líquido amarillo que humeaba.

—Buenas noches —dijo—. Si quieren cenar aún están a tiempo. Ocupen la mesa grande.

Los dos tipos echaron a andar hacia donde Clayton les indicaba y tomaron posesión de las sillas cerca del hombre que había intentado pegar a la *girl*.

Clayton se introdujo en el dormitorio donde estaba Lex.

—Bueno —dijo la rubia—. ¿Nadie tiene algo con lo que hacer ruido?

El hombre robusto que acababa de llegar a la estación de postas sacó una armónica del bolsillo superior de la camisa.

—Aquí estoy yo, nena —dijo.

—Bravo, muchacho. Mi nombre es Froyla.

—¿Qué es lo que quieres que toque, Froyla?

—¿Conoces *Hay un mozo que me hace tilín*?

—Desde luego. Estuvo de moda en Dodge City hace una temporada.

—Ataca, chico.

El robusto muchacho hinchó los pulmones de aire y se puso a soplar en la armónica.

Froyla empezó a cantar con mucha picardía y el doctor que se había sentado en una silla tocó palmas engrosando la pequeña orquesta.

De pronto, por encima de la voz de la rubia, un aullido de muerte rasgó la atmósfera.

Froyla interrumpióse soltando un gallo y también quedaron inmóviles el tipo de la armónica y el doctor.

Otra vez se oyeron pasos en la cocina y por el hueco apareció Germán Fisher, el ayudante de Lex. Sus ojos estaban desorbitados y su boca se contrata en un rictus de dolor. Dio un paso y luego otro y

de pronto se desplomó de bruces en el suelo.

Todos pudieron ver el mango del cuchillo que sobresalía entre sus omóplatos.

La rubia lanzó un chillido escalofriante y retrocedió hacia la mesa de Cliff. Justamente en aquel momento salió Peach Clayton de la cocina, y se apoyó en la jamba con la cara muy pálida.

CAPÍTULO VII

Werker fue el primero en reaccionar y corrió al lado de Fisher. Pasóle una mano por debajo del cuerpo, poniéndosela… en el corazón y después la retiró, anunciando:

—Este hombre está muerto.

Se hizo un gran silencio en la estancia que fue interrumpido por el hombre de la cara pálida, quien señaló a Peach, con el índice.

—Ha sido ella. Esa muchacha lo ha matado.

Peach alzó los ojos, el ceño arrugado.

—¿Qué es lo que dice? Usted está loco. Yo no lo he matado.

—No diga tonterías, muchacha. Usted estaba a solas con él en la cocina.

—Fisher entró por la puerta trasera y ya llevaba el cuchillo en el cuello.

—¿Espera que nos lo creamos?

Cliff Stevens dio unos pasos hacía el tipo que hablaba.

—Oiga, ha tardado mucho en abrir la boca, pero, en las pocas ocasiones que lo ha hecho, ha sido para zaherir a alguien. Será mejor que se siente y cierre el pico.

El desconocido lo miró con ojos relampagueantes.

—¿Es que va a ayudar a una asesina?

—Peach Clayton no ha matado a nadie.

—No me las trago de ese tamaño. Y entérese de una cosa, zanquilargo. La próxima vez que se dirija a mí para, hacerme callar, se va a encontrar con lo que no espera.

Cliff no pudo contener su rabia. Golpeó con el puño izquierdo en el estómago del fulano y cuando éste se agachaba boqueando le incrustó la derecha en el mentón.

El sujeto se fue hacia atrás con la fuerza de un obús chocó con la

pared y se vino abajo poniendo los ojos en blanco.

Cliff cerró los puños, mirando a su, alrededor.

—¿Hay alguien más que quiera acusar a la muchacha?

No hubo nadie que respondiese.

Mike Clayton salió de la habitación de Lex.

—¿Qué pasa aquí? —dijo. Abrió los ojos de pronto al ver el cadáver que había en el suelo—: ¡Dios mío…! ¡Lo han matado!

Greene dio una chupada a su cigarro y movió la cabeza.

—Sí, creo que lo han trinchado bien.

—Cliff se dirigió a Peach.

—¿Cuándo se ausentó Fisher de la cocina?

—Hace unos cinco minutos.

—¿Te dijo adónde iba?

—Sí. Se iba a dar una vuelta por el establo.

—¿Cuánto tardó en regresar?

La joven se quedó pensativa unos instantes y por último respondió:

—Unos tres minutos.

—¿Lo oíste llegar?

—Primero oí un ruido como si arañasen la pared, luego unos pasos y finalmente, la puerta se abrió y el entro en la cocina.

—¿Dijo algo?

—No. Él no me vio. Yo estaba en el fondo.

Greene preguntó:

—¿Por qué no gritó usted? ¿Acaso no le vio el cuchillo?

—Claro que se lo vi, —contesto la joven—. Cuando echó a andar hacia esta puerta quedo de espaldas. Me asusté tanto que no pude gritar.

Werker estaba de pie junto al cadáver e hizo un gesto afirmativo.

—Eso es completamente normal, caballeros. La chica sufrió una gran impresión. Es corriente ese fenómeno, especialmente entre mujeres.

—¿Y Hedda? —exclamó de pronto Clayton.

Peach pareció acordarse de la mujer de su hermano adoptivo.

—¡Santo cielo, salió un poco untes que Fisher! Dijo que iba a echar agua a las gallinas.

Un rugido brotó del pecho de Clayton.

—¡Hedda!

Corrió hacia la puerta y la abrió de un golpe.

Cliff imprimió mucha velocidad a las piernas, saliendo tras de él.

Dieron la vuelta a la casa, hacia la derecha, donde había un pequeño cobertizo. La puerta estaba abierta. Clayton se detuvo de pronto al ver a su mujer en el suelo.

—¡Hedda! —gritó con voz estrangulada.

Cliff se arrodilló junto a la mujer pasándole rápidamente la mano por la cabeza. Sintió el latido de su sangre en el cuello.

—Tranquilícese, Mike —dijo—. No está muerta.

—¡Cielo santo! —exclamó Clayton, y se dejó caer de rodillas en tierra.

Peach apareció por detrás.

—Trae un pañuelo mojado en agua —dijo Cliff.

Peach fue al pozo y regresó con el pañuelo empapado, que alargó a Cliff, el cual lo pasó por la frente y las sienes de Hedda.

Clayton se arrastró hasta su mujer y le cogió una mano apretándola suavemente.

—Hedda —la llamó con un hilillo de voz.

La mujer desvanecida abrió los ojos parpadeando.

—Oh —dijo—. Mi cabeza…

Clayton se echó sobre ella, poniéndole las manos en la cara.

—¿Qué te ha pasado, Hedda?

—Entré aquí con el agua para las aves y de pronto algo se movió a la izquierda… Vi unos ojos brillar en la oscuridad… Creí que eras tú, Clayton, y te llamé… Los ojos se fueron acercando y sentí miedo y me volví para echar a correr… Entonces me golpearon en la cabeza con algo muy duro y caí sin sentido…

Clayton miró a Cliff.

—¿Qué está ocurriendo aquí, Stevens?

El joven se puso en pie, diciendo:

—Cuide de su mujer, Mike. Voy a echar un vistazo por ahí fuera.

Salió del cobertizo y se dirigió al establo que había al lado. Observó el suelo durante un rato y de pronto se detuvo y encendió un fósforo. Algo brillaba en el polvo. Lo tocó con los dedos y vio que era sangre. Siguió casi un reguero que lo condujo hasta la puerta trasera de la casa. Allí se detuvo oyendo a su espalda la voz de Peach.

—Tú no viniste aquí casualmente, Cliff.

El la miró a los ojos.

—¿Por qué dices eso, muchacha?

—Lo he comprendido ahora. Te conocí cuando acababas de matar a un hombre y más tarde dijiste que la estación de postas de Clayton te venía de paso, pero no es así. Éste era tu destino.

—¿Estás muy segura?

—Sé que no me equivoco.

—Ocúpate de lo tuyo.

—¿Por qué no has de decírmelo?

—Eres una buena chica, ¿sabes?, pero me gustas más cuando no haces preguntas.

Guardaron silencio porque Mike y Hedda salieron del cobertizo encaminándose adonde ellos estaban. Poco después entraron en la cocina y finalmente en la sala.

Los viajeros los miraron expectantes.

El tipo a quien Cliff había golpeado estaba sentado en la silla, restañándose la sangre de la boca con un pañuelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Greene.

Mike Clayton repitió la historia que había contado su mujer.

—Está todo claro —dijo el negociante—. Alguien que se la había jurado a German Fisher se dejó caer por estos andurriales sabiendo que él llegaría en la diligencia. Sólo tuvo que esconderse en el cobertizo y esperar su momento. La señora Clayton estuvo a punto de estropearle el plan, pero logró desembarazarse de ella y de esa forma tuvo oportunidad para trinchar a Fisher cuando el muchacho se dejó caer por el establo.

Werker hizo un gesto dubitativo.

—De acuerdo con esa hipótesis, el asesino sabía que Fisher saldría.

Fue Clayton quien contestó:

—Fisher siempre salía después de probar un bocado. Su pasión eran los caballos y le gustaba echarles un vistazo.

—Caramba —asintió Greene—. Ahora el tipo me resulta más simpático…, aunque este muerto.

Cliff se masajeó el mentón con el dorso de la mano.

—¿Qué nos puede decir acerca de Fisher, Mike?

—Empezó a trabajar con la Wells y Fargo, al final de la guerra,

hace unos años. Fisher era un tipo muy poco hablador, pero me dio la impresión de que había luchado por el Sur.

El hombre que se restañaba la sangre con el pañuelo, dijo:

—Después de todo, era un cochino sudista.

Cliff le dirigió una mirada de través.

—Respete a los muertos, compañero.

El fulano apretó la mandíbula y en sus ojos brilló un chispazo de odio.

Cliff volvió a mirar a Mike Clayton.

—Quiero que me diga si Fisher prestó su servicio en esta área durante los dos últimos años.

—¿Por qué hace esa pregunta?

—De acuerdo con la teoría del señor Greene, se podría localizar al asesino si Fisher hubiese estado recorriendo un solo trayecto durante el tiempo que ha pertenecido a la Wellsy Fargo.

—No, señor —opuso Clayton—. Al principio, Fisher estuvo haciendo el servicio entre Phoenix y Bungaville, pero siempre ha tenido que pasar por Arroyo Chico.

—¿Cuánto tiempo hizo ese primer trayecto?

Clayton se quedó pensativo un rato y, finalmente, repuso:

—Yo creo que unos siete u ocho meses.

El hombre pálido soltó una risita.

—Me divierte la gente que se mete donde no la llaman —tenía los ojos fijos en el rostro del joven—. ¿Quién es usted para hacer este interrogatorio?

—Un simple ciudadano.

—Entonces, será mejor que deje de hacer el valiente. Me imagino que por aquí habrá alguna autoridad a quien corresponda aclarar el crimen.

Mike Clayton movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Arroyo Chico pertenece a la jurisdicción de San Mateo y es el *sheriff* Casey Moore quien debe ser informado de todo esto.

—Muy bien, señor Clayton. Vaya usted allá y avise a ese señor.

Clayton titubeó.

—Tengo orden estricta de la compañía de no abandonar la estación de postas en ningún momento.

—Ya —dijo el hombre, pálido—. Entonces se ha de encargar uno de nosotros. Yo me ofrezco voluntario para ir a San Mateo.

—Son cincuenta millas.

—No me importa —sonrió sarcásticamente, mientras miraba de pies a cabeza a Cliff—. Todo antes que consentir la intromisión de alguien que no tiene ninguna autoridad.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó Cliff—. Todavía no se ha presentado.

—Paul Boyer.

—¿Profesión?

—No le voy a contestar a ninguna otra pregunta, señor Stevens. De modo que pierde el tiempo haciéndolas.

—Está agotando mi paciencia, Boyer.

—Tengo una solución que es buena para los Jos. Yo ignoraré su existencia y usted la mía.

El doctor Werker dijo:

—¿Por qué no me echan una mano y retirarnos el cadáver de este hombre?

—Llévenlo a la parte trasera —dijo Mike Clayton—. Allá tengo un pico y una pala.

Cliff y el doctor se llevaron el cuerpo de Fisher detrás de la casa.

Werker cogió el pico disponiéndose a cavar la sepultura, pero el joven se lo quitó de las manos.

—Déjeme a mí, doctor. Tengo ganas de hacer ejercicio.

Werker se puso a liar un cigarrillo mientras Cliff cavaba el hoyo. De pronto el doctor dijo:

—Usted ha preguntado a Boyer su profesión, pero usted no nos ha dicho la suya.

—
Cow-boy
—contestó Cliff, sin mirarlo.

—¿En qué rancho está enrolado?

—Ahora en ninguno.

—Ya, viene buscando empleo por aquí.

—Mi destino es Yucca. Allá hay muchos ranchos.

Hubo un silencio y luego el doctor dijo:

—¿Cree sinceramente que las cosas han pasado como la señora Clayton ha dicho?

Cliff interrumpió su trabajo, mirando al doctor que se había sentado en un tronco.

—¿Qué quiere decir, doctor?

—Yo tengo otra teoría distinta a la de Greene.

—¿Sí?

—Según nos ha dicho el propio Clayton, Fisher ha presado servicio en dos tramos distintos de la Wells y Fargo, pero siempre ha tenido que detenerse en Arroyo Chico para hacer el relevo de los caballos.

—Continúe.

—Clayton tiene una esposa muy atractiva. Me imagino que siempre debe estar desarreglada y hasta con la cara sucia, porque se adivina que esa mujer está cansada de este lugar.

—Lo está.

—Pero no me negará que ella, físicamente, resulta una estupenda mujer.

—Ya está admitido.

Werker hizo una pausa para dar una chupada al cigarrillo. Luego, mientras exhalaba el humo, prosiguió:

—A Fisher le gustó la señora Clayton. Es una cosa normal después de todo. Fisher era un tipo muy reservado. Se lo ha oído decir al propio Mike. Yo admito la posibilidad de que se insinuase a la señora Clayton. Hasta es posible que a ella le gustase aquello.

—Creo que está suponiendo demasiadas cosas.

—Si usted fuese médico sabría cuán débil es el ser humano. —Werker sonrió—. Naturalmente, yo no aseguro que la señora Clayton hiciese traición a su marido. No; nada de eso. Quizá a ella sólo le divierta tener un admirador en este confín de la tierra, pero Fisher quería llegar más lejos, hasta el final, y justamente hoy decidió que no podía esperar más. ¿Se da cuenta de lo que dijeron acerca de que Fisher siempre iba a ver los caballos?

—Sí, le gustaban.

—No sea ingenuo, lo que le gustaba a él era la mujer de Clayton.

—Y, según usted, ella salió a encontrarse con él.

—Quizá había acuerdo, pero admito que no existiese. Para el caso da lo mismo. Lo cierto es que ellos dos se vieron en el cobertizo… Fisher se propasó, o quizá tenía la seguridad de que no iba a encontrar ninguna resistencia en la señora Clayton, pero se equivocó completamente. La señora Clayton le hundió el cuchillo entre los omóplatos.

—¿Se da cuenta de que en ese caso la señora Clayton fue al corral con el cuchillo y que por tanto se trata de un homicidio intencionado?

El doctor sacudió la cabeza de arriba abajo.

—Usted lo acaba de decir, Stevens.

Cliff caminó hacia el cadáver y le sacó el cuchillo de la espalda. Una gota de sangre resbaló de la hoja cayendo sobre el cuerpo sin vida de Fisher.

El doctor dijo:

—La señora Clayton inventó toda esa historia del fulano que se encontró en el cobertizo, o quizá Fisher la golpeó a pesar de sentirse herido y la privó del conocimiento —señaló el cadáver—. Era un hombretón con mucha fuerza… ¿Se ha fijado en sus brazos?

—Sostenga el cuchillo mientras yo acabo mi trabajo.

Cliff cavó el hoyo y luego se acercó a Fisher y le registró los bolsillos. Sólo encontró en ellos siete dólares y cincuenta centavos.

—Es extraño que no tuviese ninguna documentación —contentó mientras miraba al doctor.

—Eso es corriente por esta parte del mundo.

Enterraron a Fisher y luego caminaron hacia la parte trasera de la casa y entraron en la cocina.

Peach lavaba los platos y Mike estaba sentado en una silla fumando un cigarrillo.

El doctor, mostró a Clayton el cuchillo.

—¿Les pertenece a ustedes?

Peach había vuelto la cabeza en tanto que Mike Clayton fijaba los ojos en el cuchillo. Finalmente, dijo:

—Si, es nuestro.

—¿Lo tenían aquí en la cocina?

—No, estaba siempre en el cobertizo. Hedda y yo lo utilizamos para matar a las aves. Ese asesino debió apoderarse de él después de dejar sin conocimiento a mi esposa.

El doctor Werker dejó el cuchillo sobre la mesa, miró a Stevens sonriendo suavemente y por último caminó hacia la puerta que comunicaba con la sala, donde estaban los demás viajeros.

Cliff miró unos instantes a Peach y a Clayton y también se fue a la sala. El doctor entró en la habitación del viejo Lex.

La rubia se dirigió al hombre que tocaba la armónica.

—¿Cómo se llama usted, amigo?

—Wilder, Charley Wilder.

—Ande, Charley, sople otra vez la armónica.

Charley Wilder empezó a interpretar la misma pieza que antes y la rubia Froyla se puso a cantar.

Paul Boyer se levantó.

—Me voy a San Mateo a avisar al *sheriff*.

Froyla no interrumpió su canto ni tampoco Wilder dejó de tocar la armónica.

Boyer cruzó la habitación y salió cerrando con fuerza.

Cliff se masajeó el mentón mirando la puerta cerrada. Al cabo de unos instantes oyó la cabalgada de Boyer.

Werker salió del dormitorio y después de dar un suspiro, dijo:

—Lex sigue bastante mal. Me temo que se va a prolongar nuestra estancia en Arroyo Chico.

—¡Maldita sea…! —exclamó Greene—. Demandaré a la compañía… Ya pueden estar seguros de que lo haré… Ellos tienen la obligación de prever ciertas contingencias.

Werker sonrió.

—La muerte de un empleado y que otro se ponga de pronto grave es algo más que una contingencia, señor Greene.

Cliff dijo:

—Voy a acompañar a Boyer.

Greene lo miró un poco asombrado, pero el joven no dio ninguna explicación e instantes más tarde lanzaba su potro en seguimiento del hombre de la cara pálida.

CAPÍTULO VIII

Cliff tiró de las bridas de su cabalgadura prestando atención a todos los ruidos de la noche. No oyó la cabalgada de Paul Boyer. Durante las tres horas últimas sólo la había escuchado en un par de ocasiones. Ahora, muy pronto amanecía y no deseaba estar demasiado cerca del hombre que seguía.

Continuó avanzando en el camino a San Mateo.

La luz inició su eterna lucha con las tinieblas desgarrándolas y un poco más tarde el sol empezó a mostrar su ancha cara en el horizonte.

De repente el joven oyó un estampido.

Se detuvo localizando el disparo. Si; no había duda. Procedía de las colinas que se encontraban justamente en el camino que él tenía que recorrer. Palmeó su alazán y éste se lanzó en una fulgurante carrera.

Sonaron otros dos disparos.

Al llegar arriba del montículo vio los cactos, las grandes rocas y la tierra roja. Pero no descubrió por ninguna parte a Paul Boyer.

Descendió por la ladera y en ese instante sonó un estampido y la bala silbó muy cerca de su cabeza.

Rápidamente, sin titubear, saltó de la silla y rodó por el suelo yendo a golpear su espalda contra una piedra. Luego desenfundó el revólver y quedó a la espera.

Vio a lo lejos que su alazán doblaba para ponerse también a resguardo.

En aquel paisaje desolado de la tierra reinó un silencio.

Cliff decidió moverse y empezó a asomar la cabeza, pero en seguida sonó un disparo de rifle y la bala chocó contra la roca y salió rebotada.

Cliff se escondió de nuevo. Dejó transcurrir un par de minutos y luego se puso en cuclillas. Cogió su sombrero y lo alargó hacia el lugar por donde se había asomado antes. Otra vez sonó el rifle y la bala le arrebató el sombrero de la mano, pero justo en ese instante Cliff se volvió y echó a correr por el lado contrario. Serpenteó entre las piedras hacia el lugar desde donde le tiraban, disparando su revólver.

Emergió de pronto por detrás de la roca el hombre con el rifle y Cliff hizo fuego por tercera vez.

Su agresor recibió el impacto en la cabeza y se desplomó hacía atrás sin emitir un solo grito.

Cliff no detuvo su carrera esperando que de un momento a otro sonase otro disparo. Pero llegó ante el muerto sin que le hubiesen hecho fuego de nuevo.

No; aquel hombre no era Paul Boyer. Era un tipo muy alto de traje sucio. Ahora resultaba difícil determinar su edad porque la bala le había entrado por las fosas nasales y su cara era una máscara sanguinolenta. Agachóse sobre él y le registró los bolsillos. Sólo le encontró unas cuantas monedas de a dólar y algunos centavos.

Se puso en pie mirando a su alrededor y de pronto descubrió, asomando junto a una piedra, unas piernas. Fue allá muy aprisa y al llegar a su destino se encontró con que Paul Boyer estaba de bruces en el suelo. La sangre le estaba manando de una herida que tenía en el pecho.

Cliff le pasó el pie por bajo del estómago y le dio la vuelta. Boyer tenía los ojos abiertos, pero su mirada era vidriosa.

Estaba claro lo ocurrido. El otro hombre había matado a Boyer. Agachóse y también le registró los bolsillos, encontrándole encima unos cincuenta dólares y una carta. Estaba dirigida a Paul Boyer, hotel Louisiana, Nueva Orleans. Extrajo el contenido del sobre y leyó: «Querido amigo Paul: Estoy a punto de localizar el escondite. Date mucha prisa en reunirte conmigo. El día seis estaré en Mohave. Al fin vamos a echarle mano a lo nuestro». Abajo estaba la firma de Germán Fisher.

Cliff leyó otra vez la carta y finalmente la devolvió al sobre y guardóla en el bolsillo de su camisa.

Fue al encuentro de su caballo, montó en la silla e inició el

regreso a Arroyo Chico.

No había nadie alrededor de la casa y después de dejar su potro en el establo entró en la vivienda por la puerta principal.

Alrededor de la mesa del centro estaba Froyla, el doctor Werker, el negociante de caballos y Hedda Clayton. Detrás, contra la pared, se hallaban Mike, Charley Wilder y su compañero.

Todos miraron en silencio a Cliff. Éste se percató de que ocurría algo extraño y movió la mano hacia el revólver. En ese instante una voz dijo:

—Estése quieto, muchacho.

En la puerta de la cocina había aparecido un tipo a quien nunca había visto antes de ahora. Era un hombre rechoncho, de cejas espesas y muy barbudo. Tenía un «Colt» en la mano derecha.

La puerta del dormitorio de Lex se abrió dando paso a un hombre muy delgado, de cabello rubio y cejas blancas. También exhibía un revólver en la diestra.

Cliff se dio cuenta de que Peach no estaba allí. Observó a los dos hombres que lo amenazaban y luego forzó una sonrisa.

—Bueno, ¿me quieren decir qué es lo que pasa aquí?

El tipo rechoncho se apoyó en la pared y sin apartar los ojos de la figura de Cliff dijo:

—Yo te contestaré, muchacho. Ha llegado tu última hora.

Hubo una pausa.

Cliff se mojó los labios con la lengua y dijo sin perder la sonrisa:

—Ustedes deber, estar equivocados.

—¿De veras? —dijo el rubio.

—No los he visto a ustedes en toda mi vida.

El rechoncho soltó un salivazo hacia un lado.

—Ande, Clayton, explíquele al muchacho por qué va a morir.

Mike Clayton carraspeó.

—Henry Boyd se llegó aquí esta mañana muy temprano y se llevó a Peach.

Cliff sintió que la sangre le empezaba a hervir en las venas.

—¿Qué más? —preguntó para ganar tiempo.

Mike Clayton contestó:

—Henry Boyd dejó a estos dos muchachos aquí para que lo ultimasen si regresaba.

Cliff sacudió la cabeza.

—Ese Boyd parece ser un tipo que se cree el dueño del mundo.

El de las cejas blancas soltó una risita.

—A nuestro patrón no le gusta que se interfieran en sus asuntos y usted lo hizo, amigo. Baleó a Jan Quine en el brazo, impidiendo que él y Andry le devolviesen a su muchacha.

—¿Su muchacha? —repitió Cliff irónico—. ¿De dónde sacan que es su muchacha? Ella no quiere ver a Boyd ni en pintura.

—Eso es lo que ella dice ahora, pero dentro de unos días cambiará de idea.

Cliff estaba considerando su situación. Sus verdugos habían sabido elegir bien el lugar para acorralarlo. Uno estaba a la derecha y otro a la izquierda, lo suficientemente lejos uno de otro para que a él le fuese difícil cargarse a los dos por muy rápido que fuese con el revólver. Naturalmente, Jan Quine había hecho un buen relato a Boyd de lo ocurrido en el desierto.

—Está bien, amigos. No me quejo. Sé que ustedes cumplen órdenes.

—Qué buen chico —dijo el rechoncho levantando su arma.

—Espere un momento —dijo Cliff.

—¿A qué tengo que esperar?

—Tengo sed.

El de las cejas blancas se echó a reír otra vez.

—¿Lo oyes, Chimy? Nuestro reo tiene sed.

Cliff se pasó una mano por la mejilla.

—Hice una larga carrera y tengo los labios resecos. Al menos permítanme que beba un vaso de agua.

El rechoncho hizo un gesto afirmativo.

—Está bien.

Cliff echó a andar hacia la cocina, pero el hombre que estaba allí adelantó el revólver.

—Quieto o te quedas sin tu agua.

Cliff se detuvo.

—Creí que habías dicho que podía beber.

—Claro que sí, vas a beber, pero alguien te traerá el vaso. Tú no te muevas de ahí.

En la estancia se hizo otra pausa y luego el llamado Chimy dijo:

—Tú, rubia, tráele agua.

Froyla titubeó unos instantes, pero por último se puso en pie y

echó a andar hacia la cocina.

Cuando iba a entrar, Chimy la tornó por la muñeca con la mano libre.

—Trae sólo un vaso… Recuérdalo. Si te veo otra cosa en la mano te la ganas.

Froyla hizo un gesto afirmativo.

Desapareció en la cocina. Todos la oyeron trastear en el interior y al cabo de unos instantes salió llevando en la mano derecha un, plato con el vaso de agua.

Se detuvo unos instantes junto al rechoncho y éste dijo:

—Pasa por detrás de mí para no cruzarle y continúa por la pared.

Froyla le dirigió una mirada a Cliff mientras repetía su gesto afirmativo con la cabeza.

Pasó por detrás de Chimy, junto a la pared, y de pronto el tacón de su zapato tropezó en el piso de madera y ella lanzó un grito yéndose hacia delante. El plato y el vaso salieron despedidos chocando contra el suelo.

Cliff aprovechó la ocasión en que instintivamente Chimy desvió los ojos.

Desenfundó el revólver como una centella y se lanzó al aire justamente cuando el de las cejas blancas disparaba. Cliff le envió una bala cuando se estaba contorsionando y no esperó a saber si lo acertaba, sino que otra vez se revolvió y, cuando golpeaba las caderas en el suelo, hizo fuego contra el rechoncho que giraba ya muy aprisa. El proyectil partió en dos el corazón de Chimy, pero antes de caer él, lo hizo su compañero ya que la bala a él dirigida la había entrado por la garganta alojándosele en el cerebro. Los dos cuerpos golpearon contra el piso y quedaron inertes.

Cliff se puso en pie y metió el revólver en la funda acercándose donde estaba la rubia.

Diole la mano ayudándola a levantarse.

—Le debo la vida, Froyla.

—Dé las gracias a que mi tacón se enganchó.

—¿A quién quiere engañar, Froyla? Usted tropezó intencionadamente para darme una oportunidad.

—No me gustó la idea de que lo asesinasen.

—Se arriesgó demasiado. Cualquiera de los dos matones pudo

haber comprendido su idea y disparado primero contra usted.

—Imaginé que ellos estarían demasiado obsesionados con darle muerte y que a mí me dejarían en paz.

Cliff le cogió una mano y apretóla suavemente.

—No lo olvidaré nunca.

—Por favor, señor Stevens, no se me ponga romántico —sonrió ella.

Greene se les acercó.

—Infiernos, señor Stevens, usted es algo estupendo con la pistola. Palabra de honor que sólo he visto un tipo como usted y eso fue en un circo, pero…, dígame, ¿por qué ha vuelto? Todos pensamos que usted estaría llegando a San Mateo con Paul Boyer.

—Me vi obligado a regresar. Paul Boyer fue asesinado.

Todos los presentes hicieron un gesto de sorpresa.

—¡Asesinado! —replicó Froyla.

—Si, un tipo le tendió una celada. Y luego yo me encargué de él. Por desgracia, mi bala lo mató en el acto y no pudo decirme nada.

La rubia movió la cabeza.

—Me gusta que surjan incidentes en el transcurso de mis viajes, pero esto de ahora se pasa un poco de la raya… —Echó una mirada a los dos cuerpos que yacían en el suelo—. Veo demasiados muertos a mi alrededor.

Cliff echó a andar hacia la puerta.

—¿Adónde va? —preguntó Hedda Clayton.

Cliff se detuvo volviendo la cabeza.

—No puedo consentir que Henry Boyd se lleve a Peach.

—¿Quiere decir que va a ir por ella?

—Sí.

Hedda dijo:

—Admiro su gesto, Stevens, pero es mejor que abandone esa idea. Henry Boyd se presentó aquí con ocho hombres. Usted acaba de matar a dos, pero todavía le quedan seis.

Por toda respuesta, Cliff abrió la puerta y salió fuera.

Los que quedaron en la sala siguieron guardando silencio y poco después oyeron el galope del caballo de Stevens.

Greene movió la cabeza.

—Es una verdadera pena. Ese chico vale su peso en oro, pero estoy seguro de que esta vez no podrá hacer nada.

CAPÍTULO IX

Henry Boyd estaba por los cuarenta años de edad y era fornido, de cabeza grande, pelo muy rubio, ojos verdosos, nariz torcida y mentón cuadrado.

Ahora aquellos ojos estaban observando a Peach, que estaba sentada en el suelo.

Habían hecho un alto a la sombra de una mesa, justamente la misma en que la joven y Cliff se habían refugiado cuando los alcanzó la tormenta de arena.

Los otros seis hombres estaban algo alejados y algunos de ellos reían mirando de vez, en cuando hacia el lugar donde se encontraban Boyd y la muchacha.

Henry dijo:

—Sé que estás pensando en él.

—¿En quién? —preguntó ella bruscamente mirándolo a la cara.

—En tu héroe, en ese chico que te ayudó a escapar.

—¿Y qué, si pienso en él?

—A estas horas Stevens está muerto. Siempre he dicho que no se debe pensar en los difuntos. Soló los vivos sirven para algo.

Los ojos de la hermosa joven reverberaron furiosos.

—Eres un asesino, Henry Boyd.

El hombre soltó una risotada.

—No debes hablar así de tu marido, querida.

—Todavía no lo eres.

—Ya nadie podrá impedirlo.

—Te dije que antes de ser tu esposa preferiría la muerte.

—Pero nadie te va a matar, pequeña. Al que se atreviese a ponerte una mano encima, lo reduciría a polvo.

—¿Y si fuese mi propia mano la que me matase?

—Estás bromeando —dijo Henry Boyd con voz insegura.

La joven tenía las dos manos atrás y ahora sus labios sonrieron.

—No lo crees, ¿verdad, Henry Boyd? Tu sucio cerebro no puede admitir que una mujer decida quitarse la vida antes que rebajarse a ser tu esclava.

—Deja ya de decir tonterías.

—Te voy a demostrar que estás equivocado.

La joven mostró su diestra donde tenía ahora un cuchillo. Lo levantó por encima de su pecho con la evidente intención de hundirlo en su carne.

Henry Boyd se arrojó sobre ella y la apresó por la muñeca cuando el puntiagudo acero estaba a punto de alcanzar el pecho de la muchacha.

Retorció la mano femenina con violencia y la joven lanzó un grito de dolor dejando caer el cuchillo en la arena.

—Maldito seas, Henry Boyd —sollozó.

El hombre cogió el cuchillo y lo arrojó lejos de sí. Algunos hombres habían empezado a acercarse y Boyd rugió:

—¡Volved a vuestros sitios, estúpidos!

La joven se echó de bruces sobre la tierra y sus hombros se estremecieron convulsivamente. Henry Boyd la miró unos instantes y luego sonrió:

—¿Ves tú como terminarás queriéndome, pequeña?

Ella se revolvió furiosa.

—¿Qué es lo que dices, asesino de indios…? ¡Jamás podré quererte!

—Te lo explicaré, pequeña. Tú tenías un cuchillo y en lugar de utilizarlo contra mí, te has querido matar. ¿No aclara eso las cosas? No has querido liquidarme porque en el fondo me quieres.

—Sólo eres un canalla engreído. Hubiese intentado matarte si con eso lograba mi libertad, pero después de haberte clavado mi cuchillo, yo hubiese quedado en poder de tus hombres —los señaló con el dedo y agregó despectivamente—. De ésa piara de cerdos… ¿Qué es lo que hubiesen hecho conmigo?

El rostro de Boyd pareció convenirse en piedra. Había comprendido perfectamente a la muchacha.

—Me estás cansando, nena.

—¿Por qué no me dejas en paz, Henry Boyd? En Albuquerque

tienes mujeres para elegir. Las hay por docenas que se sentirán dichosas en cuanto tú les digas una palabra.

—Eso es cierto —sonrió él—. Pero eres tú la que me gusta, infiernos, nena, me paso las noches soñando contigo.

—Cállate.

—No puedo callarme, pequeña. Te llevo metida en los huesos.

De pronto Peach le escupió y él retrocedió como si le hubiese pegado un puñetazo.

Se limpió la cara haciendo una mueca infrahumana.

—Te voy a enseñar a respetarme, pequeña… Cuando haya terminado contigo vas a ser más suave que las indias que he raptado en los últimos diez años.

—¡Te despreciaré mientras viva!

—Apuesto a que no… Eres muy hermosa, Peach, pero a partir de ahora vas a presumir un poco menos de tus encantos. Te voy a azotar la espalda hasta hacerte saltar la sangre y eso querrá decir una cosa, que te voy a marcar para toda la vida… Y óyeme otra cosa, pequeña. Se acabó ya lo del matrimonio. Tú lo has dicho antes. Vas a ser mi esclava, no mi esposa… Me servirás la mesa, me quitarás las notas y me las limpiarás y tú estarás a mis pies… Y no sueñes con escapar, pequeña. Cuando llegues a mi casa, despídete del mundo, porque será como si estuvieses en la cárcel. Si es preciso, pondré una docena de hombres a tu alrededor para que te vigilen.

Peach respiró entrecortadamente.

—Eso habría ocurrido tarde o temprano, aunque hubiese sido tu esposa. No creas que me pilla de sorpresa, Henry Boyd.

—Muy bien, nena. Fuera palabras. ¿Dejas tu espalda desnuda o necesitas que uno de mis hombres te quite el vestido?

En aquel momento se oyó una voz procedente del lado izquierdo del farallón.

—La chica se va a quedar como está, Henry Boyd.

Henry volvió la cabeza rápidamente al tiempo que llevaba la mano al revólver, pero quedó inmóvil observando al joven que estaba contra la pared con un «Colt» en la mano.

Peach también miró a aquel hombre que intercedía en su favor.

—¡Cliff!

Los hombres de Boyd que estaban al otro lado se dieron cuenta

de lo que estaba ocurriendo y echaron mano a sus armas.

Cliff Stevens dijo:

—Ordene a sus muchachos que se estén quietos, Boyd, o la primera bala será para usted.

Henry Boyd habló rápidamente.

—Todos quietos, muchachos.

Los seis *cow-boys* interrumpieron sus movimientos.

Los ojos de Henry Boyd se empequeñecieron observando atentamente a la figura de Cliff.

—¿Cómo se pudo librar de mis muchachos?

—Se confiaron demasiado.

—¡Maldito par de inútiles…!

Cliff se dirigió a la joven.

—Anda. Peach, acércate a mi lado, pero no te cruces entre él y yo. Tienes que ponerte a mis espaldas.

Henry Boyd sonrió.

—¿Qué espera conseguir con eso, Stevens?

—Saque el revólver con dos dedos y arrójelo hacia la grieta.

Boyd movió la mano lentamente sin dejar de sonreír. De pronto saltó sobre la joven y la atrapó por la cintura mientras su diestra desenfundaba con rapidez meteórica.

Cliff titubeó unos instantes porque la joven estaba sirviendo de escudo a Boyd, pero Peach se dejó caer en el suelo justamente cuando Henry Boyd se disponía a apretar el gatillo.

Cliff hizo fuego una, dos veces.

Henry recibió las dos balas en el pecho e instintivamente movió el brazo hacia arriba y el proyectil que escupió su cañón se fue hacía el infinito.

Dos de los *cow-boys* que integraban el grupo tiraron de las armas. Cliff no se detuvo en amenazarlos porque eran demasiados. Apretó el gatillo y los dos fulanos, con las armas en la mano, se estremecieron al ser picoteados por los insectos de plomo y se vinieron abajo.

Los otros cuatro *cow-boys*

habían sido más precavidos y continuaban inmóviles con las manos alejadas de las fundas.

Peach se puso en pie, la cara muy pálida porque estaba asustada.

Cliff dejó oír su voz cargada de amenazas.

—Si alguno de vosotros intenta otra diablura, juro que lo mando al infierno. Sacad los revólveres y arrojadlos tan lejos como podáis. Vamos, empezad de uno en uno y de izquierda a derecha.

Los *cow-boys* obedecieron sin pestañear.

Luego, Cliff dijo:

—Os voy a dar un consejo. No volváis a cruzaros en mi camino.

Uno de los muchachos miró el cadáver de Henry Boyd y dijo:

—No se preocupe, Stevens. Ninguno de nosotros estaba de acuerdo con nuestro patrón. Hicimos esta expedición a regañadientes. Las mujeres atraen la mala suerte. Ya puede estar seguro de que le damos las gracias por llevarse a la muchacha.

—Está bien. Llevaros los cadáveres de vuestros compañeros, pero dejad un caballo para la chica.

Los hombres se movieron muy aprisa y poco después habían colocado los cuerpos inmóviles sobre las monturas asegurándolos con el lazo. Finalmente estuvieron listos para partir y el que había hablado antes, dijo:

—Hasta nunca, Stevens.

Cliff le hizo un saludo con la mano.

El grupo de jinetes emprendió la marcha en la dirección que el joven les había señalado.

Peach dio un suspiro apoyándose en la pared que tenía, detrás.

—Santo cielo, me parece increíble.

Stevens enfundó d revólver.

—Me has traído bastantes complicaciones, muchacha.

Peach sonrojó las mejillas.

—Lo siento —se mordió el labio inferior a punto de llorar.

—Sólo falta eso ahora, que empieces a derramar lágrimas.

—No te burles —dijo ella.

—¿Quién se burla, muchacha? Anda, hemos de regresar Arroyo Chico.

Peach hizo un gesto negativo.

—No pienso volver con ellos.

—¿Por qué no?

—¿Es que no lo viste…? Ellos no me quieren.

—No es que no te quieran. Están amargados. Hedda y Mike se cansaron de Arroyo Chico antes de llegar.

—No podría resistirlo mucho tiempo.

—Has de venir conmigo.

La joven frunció el ceño.

—¿Es que vas a ser tú también como Henry Boyd? No quiero ir a Arroyo Chico. Y yo soy una mujer libre para elegir el sitio donde vivir.

—¿Sí? ¿Y adónde vas a largarte?

Peach titubeó unos instantes.

—Hay un sinfín de lugares.

—¿Qué lugares?

—Al norte están Manzanillo y San Joaquín… Un poco más al noroeste, Yucca y Kingman… También podría acercarme por Fort Defiance… Cualquiera será bueno.

—¿Y qué vas a hacer en el pueblo que elijas?

—Siempre hay *saloons* donde necesitan mujeres para la limpieza.

—¿Sólo se te ocurre eso?

Los ojos de la joven brillaron.

—¿Qué quieres que se me ocurra?

—Muy bien, Peach. No voy a permitir que te largues sola por ahí.

—¿Cómo?

—Está decidido. Vendrás conmigo a Arroyo Chico.

—No vas a conseguir eso de mí.

—Anda, sube al caballo.

—He dicho que no iré.

—¿Quieres que te suba a la fuerza?

—Atrévete a tocarme y te la ganas.

Cliff se rascó una patilla.

—Conque ésas tenemos, ¿eh? Me juego el tipo en un par de ocasiones por ti y ése es el pago que me das ahora.

—Oye, Cliff, yo te estoy muy agradecida por lo que has hecho conmigo. Es cierto que has salido dos veces en mi defensa y también es verdad que pusiste en peligro tu vida, pero no tiene que

ver una cosa con la otra. ¿Lo entiendes? Arroyo Chico se convertirá para mí en el mismo infierno que si hubiese aceptado a Boyd como marido.

—Sube al caballo.

—No.

Cliff la apresó por la muñeca.

—¡Suéltame! —gritó Peach—. Puedo ir adonde me dé la gana. Tú no puedes impedirlo.

Cliff se agachó sobre ella y la cogió en brazos.

Peach se debatió con todas sus fuerzas.

Stevens perdió el equilibrio y ambos se desplomaron en tierra.

La joven fue más rápida en levantarse y echó a correr hacia el caballo que los hombres de Boyd habían dejado para ella.

Cliff escupió una maldición mientras se frotaba el cuero cabelludo, pero al ver la intención de la muchacha fue tras ella.

Peach montó de un salto, pero en ese momento Cliff llegó a su lado, la cogió de una pierna y tiró de ella violentamente.

Otra vez, ambos rodaron por él suelo, Peach lanzando un estridente grito.

Cliff la sujetó por los brazos lo mismo que ya había hecho otra vez.

—Estate quieta, gata.

—No vas a conseguir que te siga.

Stevens la estaba mirando a los ojos y de pronto acercó su cara a la de ella y la besó fuertemente en los labios. Luego, al separarse, siguió mirándola.

Peach se había quedado con los labios entreabiertos mostrando en su cara un gesto de sorpresa.

—¡Condenado aprovechado…! ¡Te voy a triturar los huesos…!

—¿Quieres callar por un momento?

—¡No! —dijo ella e hizo otro esfuerzo por librarse de las manos de él.

Pero Cliff la apretó más férreamente.

—¿Es que no te dice nada ese beso?

—Sí, que eres un sinvergüenza de tomo y lomo. No me pilla de sorpresa. Vi cómo me mirabas desde que te conocí, me imaginé que tarde o temprano tratarías de sacar partido.

—Eres muy lista, pero ésa no es la traducción exacta de mi beso.

Quiero que vayamos los dos a Arroyo Chico, pero luego nos largaremos al Este. Y cuando llegue a cierta cuidad, quiero que seas mi mujer.

Peach se disponía a soltar otro ex abrupto, pero se interrumpió al oír las últimas palabras. Ahora su asombro la hizo tartamudear.

—¿Qué…, qué es lo que has dicho?

—Te quiero, eso es lo que he dicho —dijo él con brusquedad.

—No estás hablando en serio. Lo único que pretendes es dejarme colocada con Mike Clayton y Hedda.

El la besó otra vez cogiéndole la cara. Las manos de ella fueron a apartarlo de sí, pero una vez apresaron los brazos varoniles no hizo ninguna fuerza. Hasta que de pronto lo empujó lejos de sí y Cliff rodó por el suelo.

Peach quedó sentada limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—Por un momento me has llegado a embaucar.

—¿Qué es eso de embaucar? —dijo él, poniéndose en pie.

—Estaba a punto de decirte que sí.

Él le sonrió.

—Pues dilo antes de que me arrepienta.

—No vas a escuchar esa respuesta. Había llegado a olvidar que eres un asesino, un forajido que huye de la justicia.

Peach vio brillar algo en el suelo. Era una estrella de latón. Alargó el brazo cogiendo la insignia y se la quedó mirando. En el centro de la estrella había una sola letra. Una G… Alzó los ojos mirando a Cliff.

—¿Se te ha caído a ti, Cliff?

—Sí.

—Entonces también has matado a un representante de la autoridad… Ya comprendo. Fue aquel hombre que liquidaste junto al manantial. Le robaste su placa y el dinero.

—No, Peach. La placa no pertenece a aquel hombre.

—¿De quién es entonces?

—Mía.

—¿Tuya, Cliff?

—Sí, Peach. Soy un agente del Gobierno.

CAPÍTULO X

Tras una larga pausa, Peach dijo:

—¿No me estás engañando, Cliff?

—No, muchacha. Soy realmente un, comisionado del Gobierno.

—¿De Santa Fe?

—Un poco más lejos. De Washington.

La joven tragó saliva.

—¿Del Gobierno… Federal?

Cliff hizo un gesto afirmativo.

Peach se levantó tironeándose de la falda, y parpadeó aturdida. Ahora habló sumisamente.

—Toma tu estrella, Cliff.

El la cogió guardándosela en el bolsillo que ahora aseguró con el botón. Quedóse mirando fijamente a la muchacha.

—¿Qué te pasa? Parece que te haya dado una mala noticia.

—Lo es.

—¡Ésa sí que es buena! Resulta malo para ti que yo sea un asesino y, al parecer, tampoco lo arregla que sea un comisionado del Gobierno Federal.

—Seas una cosa u otra, te veo muy lejos de mí.

Él se le acercó y la tomó de una mano. Antes de que Peach se diese cuenta, Cliff la estrechó contra su pecho y besóla en la boca.

—Oh, Cliff —dijo ella, retirando la cabeza unas pulgadas—. Me estás ahogando.

—Sólo quiero demostrarte que sigo pensando en que seas mi mujer.

—Pero ¿qué va a hacer un agente del Gobierno con una esposa como yo?

Cliff retrocedió un paso sin soltarla y la midió de pies a cabeza.

—No veo que te falte nada y todo lo que posees es de primera calidad.

La joven se sonrojó bajando los ojos al suelo.

—No me refería a eso.

—¿A qué?

—A mi educación. Sólo sé leer y escribir. Y lo logré gracias a que me tomé un poco de interés.

—Ya es bastante. Lo demás lo irás aprendiendo poco a poco.

—Pero te pondría en ridículo constantemente, Cliff.

—Yo creo que, todo lo contrario. Mis compañeros me envidiarán, y hasta es posible que tenga que ajustarle las cuentas a algún jefazo que intente propasarse.

Ambos rieron, pero de pronto ella quedó muy seria.

—Oh, Cliff…

—¿Qué ocurre, nena?

—Por un momento hemos olvidado el asunto que llevas entre manos.

—Confieso que es así.

—Debe ser muy peligroso, ¿verdad? Ya han matado a unos cuantos hombres.

—Sí, Peach. Y es posible que todavía mueran unos cuantos más.

—Tú puedes ser uno de ellos, Cliff.

—Haré todo lo posible porque eso no ocurra. Ahora tengo mayores motivos para seguir viviendo.

—Supongo que no me puedes contar nada.

—Antes no me atreví porque eras una muchacha muy impulsiva. —Cliff sonrió—. Pero ahora, quizá me sirva de ayuda el que te ponga al corriente.

El joven hizo una pausa para mojarse los labios y luego dijo:

—Durante muestra guerra civil los sudistas establecieron un campo de concentración de prisioneros en Altoona, Alabama. Eso ocurrió un par de años antes de terminar la guerra. Al frente de ese campo había un hombre llamado Clement Morrison, un tipo despiadado y cruel.

—¿Qué es lo que hacía, Cliff?

—Los prisioneros de Altoona eran sometidos a peores tratamientos que sí fuesen criminales. Vivían apilados en pequeñas naves que no reunían las menores condiciones de higiene. Si uno de

los reclusos caía enfermo ya podía asegurarse que había llegado su última hora, porque Morrison negaba la menor asistencia facultativa a nuestros hombres, sea cual fuere su estado. Nuestros chicos morían todos los días por docenas, pero no por ello el campamento se quedaba sin prisioneros, porque nuevas oleadas de ellos le eran enviadas desde todos los frentes. Hacían una comida al día. Cebollas hervidas. Sólo muy de tarde en tarde se cambiaba el menú. Las cebollas eran sustituidas por las patatas. Pero todo eso, con ser malo, no era lo peor. En cuanto algún prisionero protestaba, Morrison se encargaba de darle un escarmiento. El que había osado protestar era atado desnudo a un poste y entonces dos hombretones provistos de largos látigos lo reducían a pulpa, en presencia de los propios compañeros de la víctima, Morrison no se privaba de asistir al espectáculo sonriendo a cada aullido de dolor que escapaba por la garganta del atormentado prisionero.

—¿Cómo pueden existir esa clase de hombres?

—Existen y existirán siempre. Pero el mayor crimen no lo cometen ellos, sino la sociedad que permite que esos individuos puedan alcanzar el poder o el mando.

Cliff cogió a la joven por el brazo y se la llevó hacia la pared de la mesa. Una vez allí, prosiguió:

—Morrison sabía mejor que nadie que la guerra acabaría con la derrota del Sur y, por tanto, que si él caía en poder de los nordistas sería ejecutado inmediatamente. Por ello, mientras estuvo en Altoona, se preocupó de prepararse un porvenir. Todo prisionero que entraba en el campo de concentración era registrado de la cabeza a los pies y despojado de cualquier objeto de valor que pudiese llevar encima, anillos, cadenas, medallas. Todo ello pasaba a poder de Morrison. Y ahí no terminaba su rapiña. —Cliff hinchó los pulmones de aire—. Morrison era un auténtico monstruo. Cuando un hombre moría era mutilado si en su dentadura había alguna pieza de oro.

—Oh, Cliff —exclamó Peach, haciendo una mueca de horror.

—Sí, pequeña. Ése era Clement Morrison.

—Pero ¿cómo podían permitir las autoridades del Sur que un hombre de esa clase estuviese al frente de un campo de concentración?

—Las autoridades no sabían nada, aunque no por ello quedan

eximidas de responsabilidad. Ellos tenían la obligación de inspeccionar los campos de prisioneros, pero estaban demasiado preocupados por batallar contra nosotros para dejar su tiempo a cosas que, según ellos, no la merecían, Morrison pagaba bien a los hombres que tenía bajo sus órdenes. Para ser exactos, Morrison elegía los verdugos en persona.

—¿Nadie logró escapar del campo?

—Lo intentaron por centenares, pero sólo dos hombres lograron salir con vida de su aventura. Uno de ellos era mi hermano, pero vivió muy poco para contarlo. Exactamente tres semanas.

Peach apretó la mano de Stevens.

—Lo siento, Cliff.

La mirada de Stevens se perdió en el horizonte.

—Johnny tardó muchos días en hablar cuando llegó a nuestras líneas.

—¿Y el otro hombre?

—Mi hermano lo llevaba arrastrando consigo desde hacía unos días, porque ya hacía más de una semana que se había vuelto loco. Cuando nuestro mando se enteró de la existencia del campo de Altoona lo puso inmediatamente en conocimiento de los generales sudistas, pero antes de que ellos pudiesen hacer algo, sobrevino el rendimiento de Lee. Yo era oficial del Tercer Regimiento de Bateadores de Sherman, y cuando empecé a prever que se acercaba el fin, pedí al propio Sherman me confiase la liberación del campo de Altoona. El general se mostró conforme y me confió el mando de cincuenta hombres.

Cliff guardó un silencio mientras se pasaba una mano por la cabeza.

—Cuando llegamos a Altoona, nos encontramos con un espectáculo dantesco. Morrison y sus verdugos habían escapado, pero antes de hacerlo rociaron con petróleo las naves en la que se encontraban los prisioneros y les pegaron fuego… No se pudo salvar uno solo de ellos. Desde aquel momento me juré a mí mismo que daría con Morrison, aunque tuviese que ir en su busca al fin del mundo. Regresé a Washington pedí una audiencia al general Grant. Dos días más tarde yo salía de la capital con mi nombramiento de agente federal para la captura de Clement Morrison. Mi hermano me había dado su descripción. Era un hombre que pesaba casi cien

kilos, aunque fuese de regular estatura. También me había, hecho un retrato de una docena de guardianes. Fui a New Orleáns para comenzar mi investigación, porque pensé que Morrison habría utilizado esa ciudad para salir fuera del país. Me resultaba imposible dar con una pista. Por Nueva Orleáns habían escapado miles de personas con rumbo a Europa, y América del Sur. Durante ocho meses seguí pistas falsas una de ellas me condujo hasta México. Todo resultaba un fracaso. Finalmente regresé a Nueva Orleáns y justamente allí di con uno de los verdugos. Había comprado una taberna y logré saber que el tipo había salido del país cuando faltaban pocos días para que se firmase la rendición. Tuve que emplear los puños para hacerle cantar. Clement Morrison y todos los otros se habían largado a México, a un pueblo llamado Lucero, al sur de El Paso. El tipo, que se llamaba Lou Room, me dijo algo muy importante: Morrison no se había llevado su tesoro consigo. Mientras fue jefe del campo de concentración de Altoona, envió todos los objetos de oro a cierto lugar situado entre California y Arizona. Entregué a las autoridades a Room y marché a Lucero.

Cliff sacó la bolsa de tabaco y se puso a liar un cigarrillo.

—En Lucero no pude encontrar a Morrison ni a ningún de sus secuaces. Se habían marchado un par de meses antes. Preguntando a unos y a otros pude saber sin lugar a duda que Morrison había regresado a nuestro país. Tuve la seguridad de ello cuando en El Paso encontré a algunas personas que me dieron cuenta de su estancia en aquella ciudad duran —te una semana. Eso demostraba una cosa, que Lou Room no había mentido y que el tesoro formado con todas las rapiñas de Clement se encontraba en cierto lugar de nuestro país. Morrison prefirió esperar que hubiese pasado casi un año y medio desde que terminó la guerra para ir a recoger su bolsa. Otro aspecto muy importante de la cuestión era que Morrison había adelgazado muchísimos kilos, unos treinta a juzgar por el nuevo retrato que de él me iba haciendo. Así pues, era fácil deducir que Morrison se había impuesto un régimen para rebajar peso al objeto de borrar cualquier pista que alguien pudiese estar rastreando. Volví a entrar en Estados Unidos y el primer punto al que me dirigí fue Tombstone. Una noche, estando en el hotel, alguien llamó a mi puerta. Fui a abrir y entonces hicieron sobre mí tres disparos.

Dos de ellos me hicieron blanco, uno en el hombro y otro en el

vientre. Luego el asesino se marchó creyéndome muerto. Pasé dos semanas entre la vida y la muerte. Mientras yo convalecía di cuenta a las autoridades de Washington de lo ocurrido. Me fue enviado un compañero, Elbert Merp, a quien puse al corriente de todo. Inmediatamente, Merp se puso a trabajar. Me escribió a Tombstone diciendo que había logrado localizar a Morrison en un pueblo minero abandonado llamado Grower City, cerca del lago de San Carlos. Yo estaba listo para proseguir la aventura, de modo que me fui a Safford, que era desde donde me había escrito él. Cuando llegué a su hotel me lo encontré muerto. No hacía aún media hora que le habían metido dos balas en la cabeza. Me llegué a Grower City, pero allí ya no había nadie. Entonces empecé a viajar hacia el Norte y otra vez recuperé la pista, porque mucha gente había visto pasar a Morrison y sus verdugos. Finalmente llegamos al punto donde tú me encontraste. Aquel hombre que viste a mis pies había disparado contra mí, porque me había tendido una celada. Un segundo antes de morir pronunció un nombre. Arroyo Chico. Lo demás lo sabes todo.

—Pero ¿quién es Morrison?

—A mi entender, Greene, el negociante de caballos, o Werker, el doctor. —Cliff encendió el cigarrillo.

—Me parece increíble. Parecen dos personas simpáticas.

—Morrison tiene que serlo en su nueva personalidad.

—¿Y cómo explicas la muerte de German Fisher?

—Mike Clayton nos dijo que German Fisher vino aquí después de la guerra. Yo he imaginado que Fisher conocía a Morrison y que éste, al verlo, decidió matarlo, porque podría traicionarlo en cualquier momento. Hay algo que tú ignoras, Peach. Paul Boyer ha sido asesinado.

Peach hizo un gesto de perplejidad.

—¿Y por qué ha sido muerto él?

—Fisher y Boyer debieron conocer a Morrison durante la guerra. Creo que Fisher fue uno de los guardianes del campo de concentración de Altoona. Él estaba al corriente de que Morrison enviaba su oro a algún lugar del Oeste. Debió seguir la pista que le condujo a esta parte del país, pero no sabía concretamente en qué lugar se hallaría el tesoro, aunque él supuso que tarde o temprano Morrison se llegaría aquí. No podía estar dando vueltas

preguntando a las gentes y por ello se le ocurrió emplearse con la Wells y Fargo, ya que, de esa forma, podría controlar las idas y venidas de cualquier persona extraña en la región. Morrison cometió entonces su primer error. Estoy seguro de que envió a alguien por delante de él para inspeccionar el campo. A Fisher le bastó descubrirlo para imaginar que Morrison estaba próximo a aparecer por aquí. Entonces escribió a Paul Boyer, con quien se había aliado, y éste se presentó en Arroyo Chico. Lo malo para ellos es que Morrison viajó en la misma diligencia, y Morrison debió descubrir la relación que existía entre Fisher y Boyer, y por ello ordenó la muerte de los dos.

Se produjo una larga pausa y luego Peach preguntó:

—¿Qué va a ocurrir ahora, Cliff?

—Qué voy a desenmascarar a Morrison.

—Pero tú estás solo.

—No te preocupes, sabré cuidarme.

—Tengo miedo, Cliff.

El joven arrojó la punta del cigarrillo al suelo y acercándose a Peach la atrajo contra sí besándola en los labios.

CAPÍTULO XI

Stephen Werker se había alejado unas cien yardas de la estación de postas. Tenía los ojos fijos en el horizonte, hacia el Este.

De pronto una voz dijo a su espalda:

—No debe preocuparse, jefe.

Werker se volvió rápidamente y vio allí a Charley Wilder, que tenía su armónica en la mano.

—¿Tú crees, Charley?

—Estoy seguro de ello. Ese agente del Gobierno es bueno con el revólver, pero no habrá podido con los hombres de Henry Boyd. Eran demasiados para él.

En los ojos de Werker brilló un chispazo de ira.

—No he conocido a nadie tan testarudo como ese Cliff Stevens. Lleva dos años tras mis pasos.

—Ya ha acabado su carrera.

—Espero que no te equivoques, Charley.

—Si estamos de acuerdo en que el fulano debe estar ya criando gusanos, ¿qué hacemos en este condenado lugar?

—Nos iremos en seguida.

Charley se echó a reír.

—¿Qué hay con el viejo de la diligencia?

—¿Y yo qué sé? —Se encogió de hombros Werker—. No soy un médico.

Charley rió otra vez.

—Estuvo muy acertado con eso de disfrazarse de doctor. Se la pegó a todos.

Clement Morrison, alias Stephen Werker, sonrió halagado.

—Está bien, Charley. Vete a por Sandy y dirigiros hacia el Oeste. Nos encontraremos a diez millas de aquí, en el Valle de las Víboras.

—¿Quién nos espera en ese lugar?

—Marty y los otros dos chicos. Quiero emprender la marcha esta misma noche hacia México y éste es el mejor momento para largarnos.

Charley hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y dando media vuelta se dirigió hacia la casa.

Morrison permaneció en aquel lugar hasta que vio salir a Charley y Sandy, los cuales montaron sus caballos y se pusieron en camino hacia el Oeste. Entonces echó a andar despaciosamente hacia la casa. Cuando entró en ella se encontró con la sorpresa de que el viejo Lex estaba ya en pie.

Greene y Froyla estaban con el conductor de la diligencia, el cual alzó los ojos al ver al hombre que él creía un médico.

—Bueno, doctor, usted tampoco ha conseguido largarme al otro mundo.

Morrison rió el chiste.

—Yo celebro que mis esfuerzos hayan resultado infructuosos, Lex.

El viejo se tocó el estómago.

—Alguien me dijo que yo podría comer piedras y ya ve que no se equivocó. Resistir el *whisky* que vende Clayton es algo más que eso.

Todos rieron la nueva ocurrencia. De pronto, Lex quedó serio.

—Me han contado lo que ocurrió aquí anoche con Fisher. Lo siento por él, pero confieso que me parecía un individuo bastante extraño. Desde que lo conocí tuve la impresión de que guardaba algún secreto. Y yo me pregunto qué es lo que sería.

En aquel instante llegó Mike Clayton desde la cocina.

—Ya tienes la diligencia preparada, Lex.

—No debemos marcharnos todavía —dijo Froyla.

Greene movió la cabeza.

—Ya sé por quién lo dice. Es por ese muchacho, Stevens. Usted piensa que va a regresar.

—Tengo esa esperanza —asintió la rubia.

Morrison hizo también un gesto afirmativo.

—Yo soy de la misma opinión que la señorita. Debemos conceder un margen de confianza a ese muchacho. Después de todo, se impuso una tarea muy noble como fue la de rescatar a la

muchacha que se llevaron a la fuerza. Si les parece, podemos esperar hasta el mediodía.

Greene y Froyla hicieron movimientos de aprobación.

Lex dijo:

—No me importa quedarme un rato más.

Morrison sonrió.

—Yo voy a aprovechar bien mi tiempo. Quiero dar una vuelta por estos alrededores. Me han dicho que hay lagartos gigantes, pero yo hasta el momento no me he encontrado con ninguno.

—A ver si se pierde, doctor —dijo Lex.

—No se preocupe. Soy muy habilidoso para orientarme. Estaré de regreso antes de que ustedes puedan iniciar el viaje. ¿Me deja un caballo, señor Clayton? Naturalmente, le pagaré el alquiler.

—No tiene que hacerlo —dijo Clayton—. Puede elegir el que más le guste.

Morrison le dio las gracias y salió de la casa.

Froyla dijo:

—¿Qué vamos a hacer nosotros entretanto, señor Greene?

—Tengo un juego de damas —anunció Mike Clayton.

—Estupendo —palmeó Froyla—. Le desafío a usted, señor Greene.

Jugaron tres partidas y las tres veces ganó la rubia. Greene se levantó moviendo la cabeza.

—Me ha puesto usted de mal humor, Froyla. Y no me queda más remedio que desahogarme de una forma —sacó el revólver que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

Froyla abrió unos ojos como platos.

—No me irá a matar porque le he ganado.

Greene sonrió.

—No, no voy a hacer eso, pero me voy a tirar al blanco fuera de la casa.

* * *

Peach y Cliff se encontraban a doscientas yardas de la estación de postas cuando oyeron un estampido y una bala silbó por encima de sus cabezas.

Cliff saltó de su silla sobre Peach y los dos se derrumbaron en el suelo.

Sonó otro estampido y la bala pasó a la misma altura que la primera.

—No parece que tenga mucha puntería —dijo Cliff, sacando el revólver.

Los dos estaban ahora tendidos en la tierra, mirando hacia el lugar donde disparaban.

—¿Quién es? —exclamó la joven.

—No lo veo porque el sol me deslumbra. —Stevens le alargó un revólver—. Te vas a quedar aquí y si alguien se acerca dispara sin pestañear.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Daré un rodeo para sorprenderlo por la espalda.

Antes de que la muchacha pudiese replicar alguna cosa, Cliff corrió agachado y saltó a una hondonada. Luego siguió trazando un semicírculo.

Finalmente, se encontró en un buen lugar para identificar al hombre que estaba haciendo fuego.

Era Greene, el negociante en caballos.

—Tire ese revólver, Greene —ordenó.

Greene estaba a quince yardas y se volvió sobresaltado con el arma en la mano.

Cliff apretó el gatillo.

El «Colt» escapó de la diestra de Greene como si de pronto le hubiesen crecido alas. Abrió la boca para soltar una exclamación y permaneció un rato así hasta que por último pudo articular palabra.

—¿Qué es lo que hace, señor Stevens?

Cliff caminó hacia él y se detuvo muy cerca mirando fijamente a la cara de su interlocutor.

—Nos ha dado una buena bienvenida, Greene. Estuvo a punto de matarnos.

El negociante enarcó las cejas.

—¿Cómo? Oh, sí, usted se refiere a esos disparos que hice antes… No sabe cuánto lo siento… Sólo me estaba entrenando.

Cliff lo miró fijamente a los ojos.

—Fuera máscaras, Morrison.

Greene giró la cabeza a su espalda como si esperase encontrar otra persona allí, pero luego volvió a mirar al joven.

—Creo que no le he oído bien, señor Stevens. ¿Cómo me ha

llamado?

—Morrison.

Greene se mojó los labios con la lengua.

—Al parecer ha olvidado mi nombre. Me llamo Greene, Arnold Greene. ¿Se acuerda, señor Stevens?

—Usted es Clement Morrison.

—Oh, no, usted se equivoca, Stevens.

—Fue el jefe del campo de concentración de prisioneros de Altoona.

Pequeñas gotas de sudor empezaron a formarse en la frente de Greene.

—Oiga, Stevens. ¿Es que le ha dado el sol en la cabeza?

—Me encuentro perfectamente.

—Le aseguro que no sé de qué me está hablando. Yo me dirigía a San Mateo, ¿recuerda? Compro caballos salvajes. Iba a negociar una manada.

—No me siga contando esa historia, la conozco.

—Hace un rato salí aquí para tirar al blanco. Lamento sinceramente haber puesto en peligro su vida o la de la señorita Clayton, pero no sabe cuánto celebro que usted haya vuelto al fin con ella. Mis compañeros también se van a alegrar mucho. El viejo Lex ya se encuentra perfectamente. Íbamos a emprender la macha esta misma mañana, pero el doctor Werker sugirió que nos debíamos quedar hasta mediodía. Él se marchó a dar una vuelta por ahí.

—¿El doctor?

—Sí.

—¿A dónde fue?

—Hacia el Oeste.

—¿Por qué eligió esa dirección?

—Se refirió a que deseaba ver algún lagarto gigante.

—Oiga. Greene, ¿y los otros dos hombres que llegaron a caballo? Ya sabe, Charley Wilder y su compañero.

—Se marcharon también.

—¿No sabe qué dirección tomaron?

—Yo estaba dentro de la casa en ese instante.

Cliff vio que Peach se acercaba hacia ellos. La joven se detuvo observando a Greene y luego preguntó:

—¿Es él Morrison?

Greene chascó la lengua.

—Oiga, ¿qué manía es ésa de que yo soy Morrison?

Cliff enfundó el revólver.

—Ya está todo claro, Peach. Morrison no es otro que Stephen Werker.

Greene estaba perplejo.

—¿De qué se trata, muchachos? No comprendo una sola palabra.

—Ya lo sabrá a su debido tiempo —contestó Cliff y a continuación, poniéndose los dedos en la boca, soltó un agudo silbido.

Su caballo trotó desde lejos acercándose rápidamente.

Peach dijo:

—Quiero ir contigo, Cliff.

—No, pequeña.

—Iré aunque tú me lo impidas.

Cliff se acercó a la muchacha y tomándola por los brazos la besó en los labios suavemente. Luego se separó unas pulgadas y le atizó en el mentón.

Peach se fue a desplomar sin emitir un solo gemido, pero Cliff se dio mucha prisa en sostenerla.

—¿Qué es lo que ha hecho, señor Stevens? —exclamó Greene.

Cliff se acercó al negociante en caballos y le dejó a la joven en sus brazos.

—Llévela a la casa, Greene. Yo tengo trabajo. Procuraré volver en cuanto pueda.

Cliff montó en su caballo y partió por el camino que había seguido Clement Morrison.

CAPÍTULO XII

Charley Wilder sostenía con la diestra una antorcha, prestando iluminación a los hombres Que trabajaban en el fondo de la gruta.

Clement Morrison estaba sentado en una piedra fumando un cigarrillo.

Un hombre rechoncho, cuya camisa estaba empapada en sudor, dejó de cavar con el pico y se enjugó la frente con el dorso de la mano.

—Infiernos, ¿cómo lo enterraron tan profundo?

Morrison le dirigió una mirada.

—No rechistes, Marty, y sigue trabajando.

En los ojos del llamado Marty chispeó la cólera, pero luego esa llama se apagó y, escupiéndose en las manos, volvió a alzar el pico sobre su cabeza y a clavarlo en la tierra. Otro fulano trabajaba también con el pico y un tercero manejaba una pala retirando la tierra removida.

Transcurrieron otros diez minutos y de pronto, Marty se interrumpió otra vez.

—Ya está claro como el agua.

—¿Qué es lo que está claro? —preguntó Morrison.

—El tesoro no está aquí.

Los hombres permanecieron inmóviles como si se hubiesen convenido en piedra.

Morrison se levantó de un salto y avanzó hacia el lugar en que habían cavado el hoyo. Asomóse al borde de éste observando que él mismo podría haber quedado enterrado allí.

—¡Maldijo canalla! —barbotó cerrando los puños, hasta qué sus nudillos se tornaron blancos—. ¿Quién ha sido…? ¿Quién ha robado el cofre?

Siguió un silencio.

Charley Wilder, como si no quisiese dar crédito a lo que veía, se puso en cuclillas al borde del agujero y lo ilumino con la antorcha. De pronto descubrió algo entre la tierra que había abajo.

—Sostén esto —dijo y entregó la antorcha a uno de sus compañeros. Luego saltó al hoyo y cogió el objeto que le había llamado la atención. Estaba lleno de tierra y tuvo que sacar un pañuelo para limpiarlo. Ante sus ojos apareció una dentadura postiza—. Eh, mire esto, señor Morrison.

Morrison observó detenidamente el extraño objeto y por último dijo:

—Bien, esto aclara las cosas —desparramó la mirada por sus hombres—. ¿Quién de nosotros tiene una dentadura postiza?

Fue Marty quien contestó:

—

Al O'Hara.

—Creo que Al salió más listo de lo que nosotros pensábamos —dijo Morrison—. Pero de nada le sirve esconderse a un traidor. Cuando él se cree más seguro, surge algo inesperadamente que sirve para condenarlo. Anda, Mark, llégate la entrada del valle y tráete a Al.

—¿Y si ha aprovechado que nosotros nos hemos metido aquí para huir?

—A veces me pregunto para qué te sirve la cabeza, Mark. ¿No te das cuenta de un detalle? Si él hubiese pensado huir lo habría hecho hace mucho tiempo. A Al no le convenía eso porque todos lo hubiésemos buscado, aunque se hubiera escondido en el infierno.

Marty movió la cabeza.

—Sí, tiene razón, jefe. Nunca habríamos pensado en el permaneciendo a nuestro lado.

Morrison guardó la dentadura en el bolsillo mientras decía.

—Date mucha prisa, Marty, y no te descuides con él. Quizá esté preparado.

Marty dejó caer el pico en el suelo y echó a andar hacia la salida de la gruta.

El hombre que había manejado la pala se sentó en une piedra, rezongando:

—Maldita sea, hemos esperado dos años y cuando creemos que

el tesoro está al alcance de nuestras manos, nos la juega ese hijo de perra.

Morrison dio una chupada al cigarrillo.

—Tranquilos, muchachos. Nada se ha perdido todavía.

Lo importante en este mundo es conservar la serenidad hasta en los peores momentos. Dejadlo de mi cuenta y yo sabré arreglarlo.

El tiempo transcurrió lentamente.

Ya habían pasado quince minutos. Se oyeron pasos en el exterior de la cueva y poco después apareció Marty en compañía de un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, muy alto, de manos fuertes y cara de ojos mongólicos y hocico saliente. Sus labios sonreían mientras decía:

—Bueno, al fin vamos a tener nuestra parte —se detuvo cerca de Morrison y poco a poco dejó de reír observando la cara de sus compañeros. Luego miró al hoyo y a su alrededor, y empezó a hacer un gesto de sorpresa—. ¿Dónde está el cofre?

Nadie le dio respuesta.

Otra vez sus ojos recorrieron las caras de los hombres que lo rodeaban hasta detenerlos en la de Morrison.

—¿Qué es lo que pasa, jefe?

—Los muchachos se han puesto a cavar y ya ves qué clase de agujero han hecho, pero el cofre no ha aparecido.

—No es posible. —

Al O'Hara

se acercó rápidamente al borde del agujero mirando hacia abajo. Se volvió separando los brazos del cuerpo—. ¿Quién es el hijo de perra que lo ha hecho, jefe?

Morrison dirigió una mirada de través a los muchachos que tenía a la izquierda y luego dijo:

—No lo sabemos,

O'Hara.

—Nadie nos puede haber hecho una jugada tan sucia… Todos somos compañeros…

—¿Y qué más, Al? —dijo Morrison.

—No lo comprendo.

—¿Qué es lo que tú harías con el tipo que se ha atrevido a hacer una cosa así?

Al O'Hara

apretó los dientes.

—Le arrancaría la piel.

Morrison dejo caer la punta del cigarrillo al suelo y la aplastó con el tacón de la bota.

—Muy bien, Al. Vamos a tratar un poco de ese asunto a ver si podemos echarle mano al canalla que nos la ha jugado —hizo una pausa, mirando atentamente a los ojos de
O'Hara
—. Sólo dos hombres conocían este escondite, Bobby Hull y Sonny Vasary. Yo deposité toda mi confianza en ellos mientras estuve en Altoona. Sonny era el que traía la mercancía y aquí lo esperaba Bobby y los dos juntos iban guardando todos los objetos en el cofre… Cuando las cosas empezaron a ponerse mal, eché mano de ti, ¿verdad, Al?

—Si, señor Morrison. Así fue.

—Tú viniste aquí a hablar con Bobby y con Sonny. La orden era que os debíais reunir conmigo en Lucero.

—Y es lo que hicimos.

—¿Y qué pasó después, Al? Cuéntame lo que les ocurrió a Bobby y a Sonny.

Al se mojó los labios con la lengua.

—Yo maté a Bobby.

—Sí. Al, tú mataste a Bobby, pero ¿por qué?

—Todos saben por qué fue.

—Sí, lo sabemos, pero querernos oírlo de tus labios.

—Me quiso quitar la novia. Yo le había advertido un montón de veces a Bobby que se alejase de Rosita, pero él no me hizo ningún caso. Los sorprendí en un reservado de aquel bar mexicano. Yo me hubiese contentado con pegarle una paliza a Bobby, pero él echó mano al revólver y no tuve más remedio que defenderme.

—Es la explicación que diste y entonces se te admitió.

—Es lo que realmente ocurrió, señor Morrison.

—Estamos entre amigos, Al. ¿Por qué no has de decirnos la verdad?

—No lo comprendo, jefe. ¿Usted piensa que yo soy un embustero?

Se hizo un gran silencio. Los ojos de Morrison estaban mirando fijamente a su interlocutor. Éste había empezado a fruncir el ceño.

—¿Qué es lo que está imaginando, señor Morrison?

—Dejemos lo de Bobby. Háblanos ahora de Sonny.

—Apareció muerto en su habitación cuando estábamos en Tombstone. Alguien le había volado la tapa de los sesos.

—¿Quién lo mató, Al?

—Le habían robado todo el dinero y supusimos que había sido un ladrón.

Sobrevino otra pausa que Morrison interrumpió con una risita.

—Estás contestando muy bien a todas las preguntas, Al. Ahora quiero hacerte otra. ¿Qué hiciste cuando yo te envié delante de nosotros hacia este lugar?

—Cumplí la misión que usted me había confiado.

—¿Qué misión era ésa?

—Cuando usted se informó de que el agente del Gobierno no había sido liquidado en Tombstone, creyó conveniente que yo me dejase caer por aquí para ver cómo estaba el asunto, porque temió que alguien nos estuviera esperando. Hice bien mi trabajo porque fue aquí donde descubrí a German Fisher. Estaba empleado en la Wells y Fargo.

—Nuestro antiguo amigo, Germán Fisher —dijo Morrison—. Del que nunca me fié y por eso lo despedí cuando todavía estábamos en Altoona.

—Yo regresé a aquel pueblo minero, a Grover City, y le dije lo que había.

—¿Sólo hiciste eso, Al?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿No te ocurrió ningún incidente en el camino?

—No, ninguno. Todo transcurrió sin novedad.

—Tienes muy mala memoria.

—No lo entiendo.

—Tu dentadura, Al… Al llegar a Grover City no llevabas tu dentadura.

—Sí, eso es cierto, pero no me he acordado de ello, porque es un detalle que carece de importancia.

—¿Tú crees que no tiene importancia, Al?

O’Hara
movió inquieto los pies.

—Bien, supongo que sólo la tiene para mí. Tuve que comprarme

otra en Tucson.

—¿Cómo perdiste la dentadura, Al?

—También se lo dije. Me la robaron de la mesilla de noche, mientras dormía, en San Jacinto, cuando venía hacia acá.

—Te la robaron en San Jacinto —repitió Morrison.

—Es lo que he dicho —exclamó Al—. ¿Cuántas veces vamos a hablar de lo mismo?

—Eres un hombre de suerte, Al.

Los ojos de O’Hara se convirtieron en rendijas.

—¿Por qué dice eso, jefe?

Morrison se metió la mano en el bolsillo y sacó la dentadura.

—Recuperamos esto para ti.

Ahora Al hizo una mueca de asombro al ver lo que Morrison exhibía en su diestra.

Morrison meneó la cabeza.

—Anda, Al, ven a por ella.

O’Hara caminó adonde estaba Morrison y alargó la mano, cogiendo la dentadura. En la cueva se había hecho un absoluto silencio.

—¿Es tuya? —preguntó Morrison.

—Si —balbució Al.

—¿Como sabes que es tuya?

—Tiene dos dientes partidos. Me los partió usted en Altoona aquel día que me pegó en la boca.

—Es cierto, Al. Ya no lo recordaba. Gracias por tu colaboración.

—¿Dónde la ha encontrado, jefe?

—No fue en San Jacinto.

—¿Dónde? —preguntó otra vez Al, tragando saliva.

Morrison alargó el brazo señalando el hoyo que ahora estaba a las espaldas de O’Hara. Éste se volvió, pero de pronto giró otra vez mirando a Morrison.

—No puede ser cierto.

Morrison rió divertido.

—¿Qué os parece eso, muchachos? Me está llamando embustero. Menos mal que no fui yo quien lo descubrí, sino vosotros mientras

hacíais ese hoyo.

Al miró a sus compañeros como si pretendiese de ellos una confirmación de las palabras de Morrison.

Marty habló por todos.

—Sí, Al. El jefe no te engaña. Encontramos tu dentadura en el agujero.

O'Hara
se apretó las sienes con la mano libre.

—No lo comprendo… Digo que me la robaron en San Jacinto… Yo estaba durmiendo en la habitación. Sabéis que siempre me quito la dentadura para dormir…

Nadie dijo nada durante un rato. Por último, Morrison preguntó:

—¿Dónde has escondido el cofre, Al?

—¿Cómo?

—¿A qué lugar trasladaste el tesoro?

Al abrió ahora mucho los ojos.

—No es posible que usted piense que yo…

—Déjate de historias, Al —le interrumpió Morrison—. Nosotros somos tus amigos y comprendemos la debilidad humana.

—¿Adónde quiere ir a parar, jefe?

—Tú liquidaste a Bobby, pero no fue porque él pretendiese quitarte la novia. Quisiste hacerle cantar el lugar donde se encontraba el cofre.

—No, jefe.

—Sí,
O'Hara.
Eso es lo que hiciste, pero Bobby se portó como los buenos y no te dijo una palabra. Entonces no tuviste más remedio que matarlo, porque comprendiste que Bobby nos contaría lo que había en tu sucio cerebro.

—¡Le juro que no! Lo maté antes de que él disparase contra mí, cuando le sorprendí con Rosita. Ésa es la historia.

—Tú te dijiste que, después de todo, había otro hombre que conocía el secreto de Bobby. Ése era Sonny Vassary.

—No puede estar hablando en serio, señor Morrison.

—Entraste en la habitación de Sonny en Tombstone. Los dos estabais a solas. Con él tuviste más suerte. Quizá le dijiste a Sonny que iríais a medias en el negocio. ¿Para qué repartir el contenido

del cofre con todos los compañeros…? Podía ser sólo vuestro.

—¡Yo no fui aquella noche a la habitación de Sonny!

—Finalmente, Sonny te dijo lo que tú querías saber. El muy estúpido cayó en la trampa sin saber con qué clase de tipo que se estaba asociando. Entonces tu sacaste el revólver y le desparramaste los sesos por el suelo.

O'Hara
se apretó fuertemente el puño derecho con la mano izquierda, las dos manos junto al pecho.

—No, jefe. No ocurrió nada de lo que usted dice… ¡Se lo juro…! No hablé con Sonny… Yo tampoco lo maté.

—Entonces yo mismo te facilité las cosas al encargarte la misión de darte una vuelta por aquí por si nos esperaba algún enemigo.

La cara de
O'Hara
estaba bañada en sudor y por momentos su respiración se hacía más agitada.

—Cumplí bien, jefe. Descubrí a Germán Fisher, ya se lo dije antes.

—Cumpliste bien, pero fue en tu beneficio.

—¿Qué dice?

—Viniste a esta cueva y desenterraste el cofre.

—¡No!

—Eso es lo que hiciste, Al. Sacaste el cofre del hoyo y lo llevaste a otra parte, pero te ocurrió una cosa muy graciosa mientras cavabas. Debiste dejar la dentadura en alguna piedra cerca del hoyo. Tuviste que hacer mucho esfuerzo para sacar el cofre, porque pesaba mucho y en uno de los movimientos arrojaste la dentadura al hoyo. Seguro que le echaré una ojeada al tesoro y te pusiste tan nervioso que ni siquiera te acordaste de la dentadura.

—Eso es absurdo, Morrison.

—Estás cazado, Al. Los muchachos encontraron tus dientes en el agujero.

—Escuche, jefe, ya sé lo que ha ocurrido. El tipo que nos la jugó fue el que robó la dentadura en San Jacinto.

—¿Quién, Al?

—No lo sé.

—Claro que no lo sabes. Fuiste tú, Al.

—Le juro que yo sólo he cumplido las órdenes que usted me dio.

—Anda, Al, di a los muchachos dónde tienes el tesoro o terminarán por ponerse nerviosos…

Marty hizo una mueca.

—Te estamos esperando, Al.

—¡No sé nada! ¿Lo entendéis…? ¡No sé una palabra de ese cofre! ¡Soy inocente…!

Marty, Charley y otros dos hombres empezaron a avanzar hacia Al, el cual retrocedió un paso y luego otro.

—¿Qué es lo que vais a hacer, muchachos? —dijo con voz temblorosa—. Soy vuestro amigo. No os puedo engañar… ¿Cómo podéis pensar que yo os he robado?

Los cuatro hombres siguieron andando hacia O’Hara y éste continuó retrocediendo.

—¡Estaos quietos! —gritó—. ¡No consentiré que me pongáis la mano encima!

Pero Marty, Charley Wilder y los otros dos hombres continuaron avanzando.

De pronto, Al llevó la mano a la funda y sus dedos tiraron del revólver.

Apretó el gatillo una, dos veces.

El hombre que estaba a la derecha de O’Hara recibió un plomo en la cabeza, y Charley otro en el brazo.

Marty sacó también su revólver y cegado por la ira empezó a hacer fuego.

O’Hara se estremeció convulsivamente y de pronto abrióla mano y dejó caer el arma al suelo, sujetándose el estómago. Quiso decir algo, pero de su boca sólo escapó un chorro de sangre. Luego se desplomó de bruces en el suelo.

Morrison se levantó.

—¿Qué has hecho, Marty?

Marty volvió la cara hacia Morrison.

—Tuve que disparar. Nos iba a matar a todos…

—¡Condenado estúpido! —exclamó Morrison—. ¡Lo has matado y él era el único que sabía dónde estaba el tesoro!

Marty se quedó con la boca abierta como si ahora comprendiese el alcance de su acto.

Charley estaba sentado en el suelo apretándose el brazo donde Al lo había herido.

—¡Maldito sea! Ese cerdo de O’Hara nos la ha jugado bien… Ha matado a Ricky y a mí me ha hecho un buen boquete. Y se ha largado al infierno sin decirnos dónde estaba el cofre.

Morrison hizo un gesto de furia mirando a Marty.

—Debería liquidarte, condenado imbécil del demonio… ¿Cómo vamos a encontrar ahora el cofre?

De pronto llegó una voz desde la entrada de la cueva.

—Eso es muy sencillo, Morrison. Bastará con que usted lo diga.

Todas las cabezas se volvieron rápidamente hacia el hueco y allá vieron a un hombre joven que tenía un revólver en la mano.

Clement Morrison hizo una mueca.

—¡Cliff…! ¡Cliff Stevens…! ¡Mátalo, Marty!

Marty se revolvió para hacer fuego, pero Cliff apretó el gatillo mucho antes, y el proyectil que escupió su cañón arrancó el revólver de la mano de Marty. Luego Cliff dijo:

—Puedo jurar que el que intente coger un arma, no lo contará.

Todos quedaron quietos.

CAPÍTULO XIII

Cliff Stevens entró en la gruta, pero quedó a un lado de la pared, en un lugar desde el que podía dominar a los cuatro hombres que había en pie y a Charley, que estaba sentado en el suelo. Fue éste quien rompió el silencio.

—¿Qué es lo que acaba de decir acerca de Morrison, Stevens?

—Que él ha intentado pegársela a todos ustedes.

—Explíquese.

—Escuché todo el diálogo desde ahí fuera. Morrison ha cargado la culpa de la desaparición del tesoro a
Al O'Hara
y eso obedece a un plan que preparó minuciosamente.

Clement Morrison, alias Stephen Werker, torció la boca.

—No dice más que tonterías, agente.

—Estoy seguro de que a sus muchachos les va a gustar oír mis tonterías. ¿Verdad que sí, Charley?

Charley titubeó un instante y finalmente hizo un gesto afirmativo.

—Sí, creo que nos va a gustar.

Cliff sonrió a Morrison.

—Usted nunca tuvo intención de repartir su botín con sus muchachos. Desde el primer momento se prometió que todo lo robado a los prisioneros de guerra sería para usted.

—Habla por hablar, Stevens.

—En primer lugar, es cierto que
Al O'Hara
mató a Bobby Hull por celos. Pero aquel hecho le sirvió a usted para imaginar un bonito plan.
O'Hara

sería su víctima. Usted mató a Sonny en su habitación de Tombstone.

—¿Por qué iba a hacer yo eso?

—Era un eslabón más de la cadena. Luego envió a O'Hara por estos lugares para que observase si todo estaba tranquilo, pero apuesto a que usted no se quedó con sus muchachos mientras O'Hara cumplía esa misión. Usted debió encontrar una excusa para dejarlos plantados durante una temporada.

—Es cierto —dijo Charley—. Morrison se marchó a Nueva Orleáns para ver a una mujer. Eso es lo que dijo.

Cliff sonrió otra vez.

—Morrison no fue a Nueva Orleans a ver a ninguna mujer. Lo que hizo fue seguir los pasos de O'Hara, y en San Jacinto entró en la habitación de Al y le robó la dentadura. Luego se vino acá, y desenterró el tesoro, poniendo buen cuidado en dejar la dentadura de O'Hara en el agujero antes de cubrirlo de tierra. Naturalmente, Morrison se llevó a otra parte el cofre e inmediatamente regresó a Grover City donde ustedes lo estaban esperando. Ya me imagino a Morrison contando a ustedes la de cosas que había visto en Nueva Orleáns.

—Sí —asintió Charley—. Nos explicó cuál era la situación de la ciudad al cabo de dos años de haber terminado la guerra.

—Luego ustedes emprendieron la marcha hacia el Norte para hacerse cargo del tesoro. Morrison debía estar la mar de satisfecho, porque todo le había salido redondo. Aunque yo debo darle las gracias por su ambición. El poner en práctica su plan le exigió muchas semanas y con ello permitió que yo convaleciese de mis heridas en Tombstone.

Morrison soltó una risita.

—¿Ya ha terminado, agente?

—Sí.

—Usted ha compuesto una buena historia, pero no tiene ninguna prueba para demostrarlo.

—Confieso que no, Morrison, pero estoy seguro de que mi

cuento ha interesado más a sus compañeros que el que usted les ha colocado.

Hubo un silencio, Charley y los otros cuatro hombres miraron a Morrison y éste supo al instante que lo que decía Cliff era cierto. Sus antiguos verdugos habían creído al agente y no a él.

Cliff movió el revólver.

—Ande, Morrison. Suelte ya prenda. Diga dónde escondió el cofre.

El antiguo jefe del campo de concentración de Altoona se mojó los labios con la lengua.

—Déjeme en paz, agente.

—Voy a hacer una cosa en su obsequio, Morrison.

—¿El qué?

—Dejaré que sus compañeros le peguen una buena paliza. Estoy seguro de que ellos me darán las gracias por esa oportunidad que les ofrezco.

Charley empezó a ponerse en pie.

—Sí, agente. Usted tiene razón. Y yo soy de los que más ganas tienen de meterle mano.

Morrison hizo una mueca de rabia.

—¿Es que le vais a hacer caso a él, muchachos?

—Sí —contestó Charley—. Estoy seguro de que Stevens no se equivoca. Usted lo arregló todo para dejarnos en la estacada. Le ayudamos todo lo que quiso en Altoona, le cubrimos bien la retirada cuando llegó la hora de abandonar aquel campo y a usted sólo se le ha ocurrido traicionarnos.

Morrison retrocedió al interior de la cueva, porque los hombres se habían puesto en movimiento hacia él.

—¡No deje que me peguen, agente!

—Diga dónde tiene escondido el tesoro.

—¡No!

—Adelante, muchachos. Ese hombre es de ustedes.

El tipo más grandullón, un fulano de cabello rojizo, golpeó con el puño en el estómago de Morrison quien se arrugó abriendo mucho la boca. Su agresor se la cerró pegándole en el maxilar.

Morrison se desplomó dando una vuelta en el suelo, pero rápidamente se puso de rodillas y escupiendo sangre, exclamó:

—Le llevaré al lugar donde tengo escondido el cofre, agente.

—Basta ya, chicos —dijo Cliff.

Los hombres de Morrison se detuvieron y luego Stevens preguntó:

—¿Dónde es, Morrison?

—Sólo está a unas doscientas yardas de aquí.

—Bien, vamos a ir allá, pero antes desarmaré a todos ustedes. Pónganse de cara a la pared con los brazos bien altos y no intenten nada, porque mi dedo no vacilará en apretar el gatillo.

Todos se dejaron desarmar pacíficamente. Luego, Charley fue vendado por uno de sus compañeros.

Poco después el grupo salía de la cueva seguido por Stevens.

Se encontraban en una cañada, y Morrison echó a andar hacia arriba seguido por los demás.

Doscientas yardas más allá había una gran roca que Morrison señaló con el dedo.

—Está allá, tres pasos a la derecha.

Subieron arriba y el propio Stevens contó los tres pasos. Cuando se detuvo se dirigió a los hombres que habían traído los dos picos y la pala.

—Empiecen a cavar aquí y dense mucha prisa.

Los tres tipos se pusieron a trabajar.

Morrison abrió las fauces.

—Estoy muy cansado —dijo y acercóse a la roca apoyando las espaldas en ella.

Stevens se situó un poco más arriba, y Charley se sentó en el suelo.

El sol fue descendiendo a lo lejos.

Ya llevaban unos quince minutos cavando cuando de pronto uno de los hombres produjo un ruido extraño con el pico.

El de la pala exclamó:

—Ya has dado con él, Williams.

Cavaron ahora más aprisa. Finalmente, el llamado Williams anunció:

—Aquí está. Ahora no nos ha engañado.

—Sáquenlo —ordenó Stevens.

Invirtieron otros quince minutos en sacar el cofre. Era muy grande.

—Abran esa tapa —dijo Stevens.

Williams la abrió dejando al descubierto todo su contenido. Medallones, anillos, relojes…

Stevens sintió que se le revolvía el estómago. Todos aquellos objetos de oro habían pertenecido a los soldados del Norte, que fueron conducidos como prisioneros al campo de concentración de Altoona.

Charley se puso en pie con los ojos fijos en el cofre.

—Infiernos, aquí debe haber casi un millón de dólares en oro.

De pronto, Morrison hizo un movimiento con el brazo hacia atrás, sobre la roca en la que se apoyaba.

De una grieta de la piedra sacó un revólver que volvió contra Stevens.

El joven vio por el rabillo del ojo el arma y se dejó caer en el suelo al tiempo que hacía fuego.

Morrison también disparó, pero lo hizo cuando ya tenía una bala en el pecho y con ello perdió puntería, porque el proyectil se enterró a unas pulgadas de los pies de Cliff. Luego Morrison se derrumbó lanzando un grito de muerte y rodó por la ladera golpeando en las piedras hasta llegar abajo, donde quedó inerte.

Todo había sucedido muy aprisa. Charley y sus compañeros quedaron inmóviles, los ojos fijos en el cuerpo sin vida del hombre que había sido su jefe.

Stevens los apuntó con el revólver por si alguno de ellos tenía un mal pensamiento.

—Bien, chicos. Vamos a transportar el cofre hasta Arroyo Chico.

—¿Qué va a hacer con nosotros, Stevens? —inquirió Charley.

—Les entregaré a las autoridades y ellas se encargarán de lo demás. No es cuenta mía hacer justicia por mi propia mano… Vamos, empiecen a moverse.

EPÍLOGO

Peach lavaba los platos en la cocina de la estación.

Giró al oír que la puerta trasera se abría. En la habitación entró Cliff Stevens, quien se quedó quieto mirándola.

—Hola, pequeña.

Ella se quedó sorprendida observándolo.

—Oh, Cliff… has vuelto.

—Te dije que sólo iba a San Mateo a entregar a los prisioneros y a depositar el cofre en el Banco. Naturalmente, no podía ir solo a Washington llevando tanta gente y un cofre con un millón de dólares. Escribí a mis jefes y ahora tengo que esperar en San Mateo a que me envíen refuerzos.

—¿Cuánto tiempo estarás todavía por aquí?

—Calculo que un par de semanas.

Ella se humedeció el labio inferior con la punta de la rosada lengua.

—Y luego te irás.

Cliff se rascó detrás de la oreja, diciendo:

—Se me ha ocurrido una idea para aprovechar el tiempo.

—¿El qué, Cliff?

—Tú v yo nos sumos a casar en San Mateo.

—¡Cliff!

—He preparado todas las cosas para mañana.

La joven quiso decir algo, pero no pudo porque estaba demasiado emocionada. De pronto echó a correr hacia él y se colgó de su cuello. Cliff sólo tuvo que acercar sus labios a los de ella para besarla.

Oyeron una voz a su espalda.

—Enhorabuena.

Los dos jóvenes se separaron. Por la puerta de la sala habían aparecido Hedda y Mike Clayton.

—Gracias —dijo Cliff—. Tengo que darles también a ustedes una noticia.

Mike y su mujer enarcaron las cejas.

—Hablé con el representante de la Wells y Fargo en San Mateo. Casi me ha asegurado que antes de un mes la compañía los enviará a ustedes a Santa Fe.

Hedda exclamó radiante de alegría:

—¿Lo has oído, Mike…? ¡Vamos a ir a Santa Fe…! ¡A una gran ciudad…! Por fin vamos a salir de este…

Mike le puso un dedo en los labios.

—No lo digas, Hedda.

—¿Qué estás esperando para agradecérselo a Cliff?

Los dos se volvieron, peros ninguno de ellos pudo decir nada. El agente del Gobierno no se encontraba en situación de escucharles ya que en aquel instante estaba ocupado otra vez en besar los labios de Peach Clayton.

FIN

Notas

[1] Peach, el nombre de la protagonista, significa en inglés melocotón. (N. del E.). <<